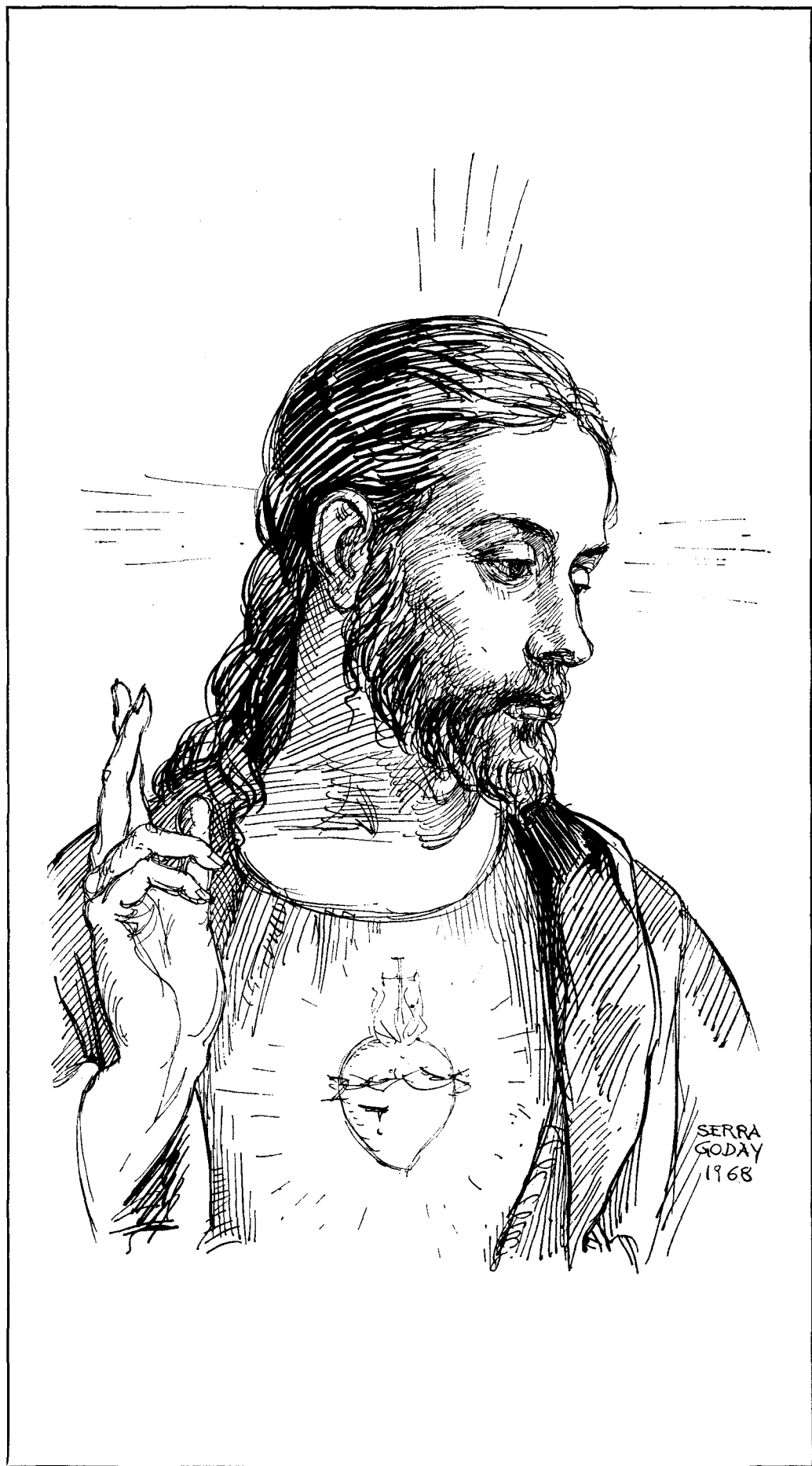
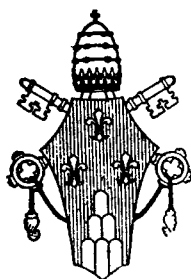


# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA





# RADIOMENSAJE DE S.S. PAULO VI AL CONGRESO EUCARISTICO DE VALENCIA

Os habéis reunido estos días en Valencia, con ocasión del VIII Congreso Eucarístico Nacional, para elevar a Cristo en la Eucaristía un himno solemne y público de fe y de amor, al que están unidos en espíritu peregrino hacia la tierra prometida, y consciente de tener al mismo Señor como Viático, antorcha y fermento de esperanza en su largo y trabajoso caminar.

Dios está con nosotros: se ha hecho noticia viva, víctima propiciatoria por nuestros pecados, y siendo rico se hizo pobre por amor nuestro para que fuésemos ricos en su pobreza (1). Y esta cercanía amorosa, esta comunión de Dios con nosotros, alcanza su íntima y maravillosa plenitud cuando Cristo mismo se hace comida y bebida, para que tengamos la vida de los que vivirán para siempre (2). Es el culmen de la bondad de Dios para el hombre, que con derecho puede decir: "Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí" (3).

El misterio de su muerte y su resurrección están perpetuados en el Sacrificio Eucarístico. La presencia de Cristo en el mundo continúa en su real presencia eucarística; en millones de altares por toda la tierra, hace actual cada día su único sacrificio redentor; desde millones de sagrarios en todo el mundo sigue siendo el Buen Pastor de su rebaño.

Por eso el Concilio ha podido decir la frase que habéis asumido como lema del Congreso: "La Eucaristía, fuente y cumbre de toda evangelización" (4).

La Eucaristía, además, precisamente por ser sacramento de comunión con Cristo, es sacramento de comunión con nuestros hermanos en la fe y con toda la humanidad. Es signo de unidad y vínculo de caridad (5).

¿Cómo no sentirnos unidos los que participamos en el mismo Cuerpo y la misma Sangre de Jesús, sarmientos de una misma vid, miembros de un mismo Cuerpo Místico? (6).

Ningún argumento, ningún ideal, ninguna diversidad puede justificar la división de la unidad eclesial. La Iglesia ha recibido el tesoro inmutable de la fe, para presentarlo a los hombres en toda su pureza y con un rostro siempre rejuvenecido.

Hermanos e hijos queridísimos; Cristo quiere la unidad de la Iglesia, para que ella pueda ser fiel a su misión y sea realmente signo de unidad en el seno de toda la familia humana.

El mismo Cristo nos dice cómo se ha de realizar esta unidad al proclamar el mandamiento nuevo: "Amaos unos a otros como yo os he amado" (7).

(1) Cfr. II Cor., 8, 9.

(2) Cfr. Jn., 6, 58-59.

(3) Gál., 2, 20.

(4) Decr. "Presbyterorum Ordinis", n. 5.

(5) Cfr. San Agustín, en San Juan Evangelista 26, c. 6, n. 13; ML, 35, 1.613.

(6) Cfr. Jn., 15, 4ss.; Efés., 5, 20.

(7) Jn., 15, 12.

(8) Cfr. Lc., 24-35.

(9) Cfr. Lc., 24, 25 ss.

# CORAZON MODELO

Hay un libro que, durante muchos años, desde hace un siglo, fue alimento espiritual de las almas cristianas, y su guía seguro en la práctica de la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Su título es: "De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús"; su autor, el P. J. Arnoldo, de la Compañía de Jesús. El libro fue escrito en lengua latina; y lo tradujo al castellano D. Felipe Velázquez Arroyo. El año 1883 alcanzó el libro su *sexta* edición, prueba palmaria de la gran aceptación que tuvo. Y con toda razón; pues es un libro de gran solidez y seguridad doctrinal; la exposición es clara y en hermoso estilo; y, sobre todo, está escrito con una admirable unción espiritual, que penetra el alma y la llena de luz celestial y de encendidos afectos de verdadera devoción.

Tuvo su docto y celoso autor un doble gran acierto.

En primer lugar, el acierto de presentarnos el Corazón de Nuestro Redentor, según es en realidad de verdad, conforme a la revelación divina y al magisterio de la Iglesia, como el Corazón modelo, dechado y ejemplar supremo y perfectísimo de todos los corazones; pues, ciertamente, por ser el Corazón de Jesucristo el símbolo connatural y la expresión bíblica de toda su vida interior, divina y humana; es decir, de sus pensamientos, designios, criterios e intenciones; de sus afectos y sentimientos; y de sus grandes y perfectas virtudes; y todo ello movido por la potentísima fuerza de su inmenso amor al Padre Celestial y a todos los hombres; es por lo mismo el acabado y atrayente modelo de toda santidad, de toda vida interior perfecta, de una vida por motivos de virtud, de toda virtud, de las virtudes que se nos presentan simbolizadas en el Corazón del Salvador.

El segundo gran acierto del autor fue habernos propuesto la imitación del Sagrado Corazón de Jesús, como la manera eficaz de hacer nuestro corazón semejante al de Él; y así, hacer nuestra vida semejante a la suya; ya que según es el corazón, es la vida; según es el amor, simbolizado y expresado en el corazón; ya amor ordenado, ya amor desordenado, así es la vida ordenada o desordenada; o vida de virtud verdadera, o vida de pecado y de vicio.

Siendo, pues, cosa cierta que toda la perfección cristiana consiste en nuestra semejanza con la per-

fección de las virtudes de Cristo, las cuales radican en el ordenadísimo amor de su Corazón, y de Él proceden; resulta evidente que si imitamos su Corazón, el amor ordenadísimo de su Corazón, imitaremos sus virtudes, su perfección de santidad; seremos semejante a Cristo.

Y como además de ser el Divino Corazón el más acabado modelo de santidad, es también la Fuente de toda gracia; tendremos en la imitación del Corazón de Cristo las dos cosas que han de llenar siempre nuestra vida cristiana: sus ejemplos y su gracia; sus ejemplos, para imitarlos; y su gracia, para poder conformar nuestra vida con sus ejemplos; cosas ambas en las que juntamente tenemos siempre la solución de todas nuestras dificultades.

Por esto, en dicho libro se nos enseña todo lo que pertenece a la imitación del Corazón de Jesús; a saber, en qué consiste; cuáles son las disposiciones que nos preparan para imitarle; cuáles los impedimentos que nos la impiden; qué cosas concretamente hemos de imitar en el Corazón del Señor; de qué manera, y con qué admirables y provechosos frutos.

No fue sólo el P. Arnoldo, ni mucho menos, el que muy de propósito nos presentó el Corazón de Jesús como ejemplar y modelo; y nos enseñó las sendas seguras de su imitación. Era lo más frecuente, en años anteriores, mas no lejanos, que lo tratadistas sobre el Sagrado Corazón y los predicadores de su Culto y Devoción, hiciesen lo mismo, insistiendo en la imitación del Corazón de Cristo, con increíble fruto de las almas.

Ahora, por desgracia, no sucede así. En las actuales revistas, libros y predicación no se da a la imitación del Corazón de Nuestro adorable Redentor la importancia, el lugar, la preferencia que se le debe; ni se trata de ella como lo hacían un padre Ramière, un P. Gautrelet, un Torras y Bages, un Sardá y Salvany, un P. Vilariño, un P. Tarín y tantos otros.

El recuerdo, con dejos de tristeza y de añoranza, de todo aquello, nos habrá servido de excelente introducción para exponer ahora esta verdad: la imitación del Corazón de Cristo, Modelo supremo de todos los corazones, es la *realización práctica* de todo lo que comprende, significa y es el *Culto* y la *Devoción* al Sagrado Corazón de Nuestro amantísimo Redentor.

## OBJETIVAS FINALIDADES DE JESUCRISTO

Mas para entender bien lo que nos proponemos probar, hemos de tener presente, de antemano, que el mismo Cristo, en sus dos grandes obras, la Encarnación y la Redención, tuvo siempre estos dos excelsos objetivos o finalidades: la glorificación de Dios y el bien de los hombres.

Estos dos fines o intentos los tuvo Jesús en medio de su Corazón, desde el primer instante de su vida de Hombre-Dios, de su vida humana y divina, en el seno de su Madre Virgen; y estas dos finalidades dominaron con absoluto imperio en su Corazón Santísimo; a ellas dirigió todo lo que hizo, todo lo que enseñó, todo lo que padeció, todo en lo que fue glorificando, y todo lo que instituyó. ¡Lo dijo Él tantas veces, y lo tenemos tan claramente expresado en su Santo Evangelio!

Pues bien; esas dos mismas finalidades son las propias y las características del Culto y de la Devoción a su Sagrado Corazón. Y ambas las realizamos prácticamente, y del mejor modo, con la imitación del Corazón-Modelo. He aquí la prueba clara y fácil.

### El Culto

El *Culto* al Sagrado Corazón de Jesús, aunque también redunde en bien nuestro, pero propia y directamente es para glorificarle a Él; en Él, al Padre Celestial, en la unidad del Espíritu Santo; y esto, con el triple acto en que consiste el Culto divino: el acto de adoración y alabanza al Corazón Divino del Señor; el acto de acción de gracias; y el acto de oración de impetración. De estos tres actos de Culto divino, el primero se lo rendimos por lo que *es*, el Corazón mismo de Cristo, y por todo lo que su Corazón *nos significa*; el segundo, por los inmensos beneficios que de Él nos han venido, nos vienen y nos han de venir; y el tercero, por el gran deseo que Él tiene de llenarnos de sus bienes y aun de Sí mismo; pero esto, por el gran medio que Él nos dejó: el de la oración. Así, pues, con estos tres actos, que son los del Culto, glorificamos al Corazón del Señor.

Pues bien; los tres los realizamos prácticamente, y como en su cumbre, y mejor que de otra cualquier manera, con nuestra imitación de su Corazón.

En efecto; realizamos práctica y plenamente nuestra glorificación del Corazón de Cristo, con nuestro Culto de adoración y alabanza, de acción de gracias y de oración de impetración, cuando no limitándonos a ejercitar esos tres afectos internos de nues-

tra alma, ni a los actos externos de Culto, con los cuales los expresamos, procuramos esforzarnos, con la gracia de Él, para llegar a la meta a la que han de tener esos mismos actos de Culto; y la meta es nuestra imitación de su Corazón; porque, en verdad, de ninguna otra manera se ve el Corazón de Cristo adorado y alabado, agradecido e invocado por nosotros, que cuando ve que, conforme a sus designios, a sus deseos y a sus más encarecidas recomendaciones, somos parecidos y semejantes en nuestro corazón al suyo Santísimo; cuando ve que con esa nuestra imitación de su Corazón y de su vida, se va transformando nuestro corazón en el de Él, y nuestra vida en la de Él; unidos con Él por amor y semejanza de vida y de virtudes. Esto es lo que en nuestro Culto a su Corazón le glorifica más perfectamente.

Y cierto; siendo la gloria de Dios, como es en realidad, la manifestación luminosa y espléndida de los atributos y perfecciones divinas; ¿qué mejor glorificación nuestra del Corazón de Cristo, que la manifestación maravillosa de sus grandezas y del poder de su gracia y de su amor a nosotros, cuando a pesar de nuestras limitaciones, debilidades y miserias, nos vamos haciendo, por su gracia, parecidos y semejantes a Él, y vivimos unidos con Él, y transformada nuestra vida en la de Él, por el prodigio que Él obra en nosotros de que imitemos sus virtudes y su vida?

### Devoción

También con nuestra imitación del Corazón-Modelo, realizamos práctica y perfectamente todo lo que es y comprende nuestra *Devoción* al Corazón del Señor.

Esta Devoción, según tantas veces nos lo enseña la Iglesia por boca de sus pontífices y por la Sagrada Liturgia, consiste en el amor y la reparación; un amor a Jesucristo que sea una fiel y generosa correspondencia y retorno al amor con que Cristo nos amó y nos ama con todo su Corazón; amándole porque Él nos ama; amándole como Él nos ama; y amándole por lo que Él es; amor, en una palabra, tan verdadero y eficaz, que nos lleve a dedicarnos y consagrarnos a Él, como Él se dedicó y consagró a nosotros; y una debida reparación, con dignas satisfacciones, para desagrarle y compensarle, hasta donde nos sea dado, con su gracia, por las ingratitudes, injurias y olvidos con que el mismo amor de su Corazón y las inefables muestras de su amor, han

sido y son tan increíble y tristemente mal correspondidas; sobre todo en el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía, supremo don y muestra de su amor a los hombres.

Pues bien; este amor y esta reparación las realizamos prácticamente y de la mejor manera, con nuestra imitación del Corazón de Cristo. La prueba es evidente; porque, en primer lugar, el amor induce y lleva a la semejanza de vida, a la identificación con la persona a la que amamos; identificación total: en el pensar, en el sentir, en el querer, en el hablar, en el orar. Y así es que imitando al Corazón de Cristo, llevamos nuestro amor a su cumbre; es decir, a tener un corazón como el de Él y una vida como la de Él; la nuestra, identificada con la suya: lo más perfecto del amor.

Y, en segundo lugar, si la reparación consiste en hacer generosamente lo contrario, de lo que queremos reparar ¿qué mejor manera de reparar las ofensas e injurias, las ingratitudes y olvidos que se infieren al Corazón de Cristo, que oponiendo a todo ello lo que le es más contrario, a saber: nuestro

constante empeño en revestirnos de sus sentimientos y en imitar sus virtudes; en recordarle y conocerle internamente; en querer lo que Él quiere y hacer u obrar la divina voluntad, como Él la hizo y la obró? Ninguna satisfacción le repara mejor que el ver nuestro corazón tan semejante al suyo, que de cada uno de nosotros se pueda decir con verdad lo que de San Pablo dijo San Juan Crisóstomo: "Cor Pauli, Cor Christi".

Con lo dicho se ve que nuestra imitación del Corazón de Cristo es la realización práctica, y en forma perfecta, de todo cuanto se comprende en nuestro Culto y en nuestra Devoción a Él. Rindiéndole en esta excelente forma el Culto que le debemos, le glorificamos plenamente, al mismo tiempo que esta glorificación de Él redunda en bien nuestro; así como también al ejercitar nuestra Devoción a Él imitándole, es inmenso el bien que recibimos; bien que asimismo redunda en su glorificación.

La exposición que, con sus pruebas, acabamos de hacer, la veremos ahora confirmada con tres argumentos convincentes.

## 1.º LA INVITACIÓN DEL SEÑOR

Toda la vida de Jesús fue una continuada invitación y llamamiento, que de obra y de palabra nos hizo que le sigamos.

Éste nuestro seguimiento de Cristo consiste en nuestra adhesión voluntaria y firme a Él por la fe y por el amor, para estas dos cosas: aceptar todas sus enseñanzas y ajustar nuestra vida toda a ellas; y también tener presentes siempre sus ejemplos e imitarlos. Vivir la vida de Él, y como Él la vivió. Ambas cosas se resumen, se comprenden y se ejercitan en la imitación de su Corazón; pues como según la doctrina del mismo Jesús, toda la vida moral del hombre procede del corazón; y así como del corazón malo proceden los pensamientos, juicios, deseos y obras malas; así del corazón bueno proceden los pensamientos, juicios, deseos y obras buenas; y por lo mismo, de un corazón que se asemeje por la imitación al de Jesús, procederá una vida ajustada en todo a sus enseñanzas, y conforme del todo a sus ejemplos. Esto es en realidad el seguimiento total de Cristo, al que sin cesar nos invita Él mismo. Lo hizo, repetimos, de obra y con sus palabras.

### a) Invitación de obra

"Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del Cielo." Así lo decimos en nuestra profesión de fe de la Santa Misa. Ahora bien, para sal-

varnos, hizo las siguientes cosas, todas ellas obra del amor de su Corazón: tomó sobre Sí, como Cordero o Víctima de inmolación satisfactoria, todos los pecados del mundo; satisfizo por todos ellos; canceló la deuda contraída ante Dios por nuestros pecados; con su muerte destruyó nuestra muerte; con su resurrección restauró nuestra vida; y así nos abrió las puertas de la eternidad bienaventurada.

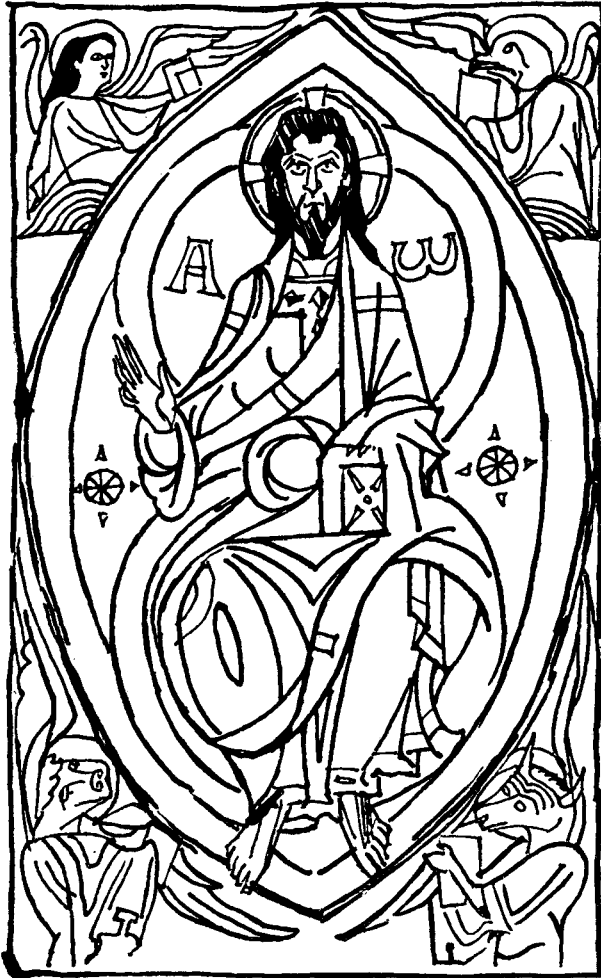
Pero, además de todo esto, nos trazó el camino de la salvación; y Él mismo lo recorrió animosamente hasta el fin.

Y como el camino de la salvación no es otro que el cumplimiento sincero, fiel y total de la voluntad de Dios, por eso el mismo Jesús, ya en el primer instante de su vida, en la Encarnación, se ofreció y se entregó al Padre para cumplir en todo su santa voluntad; y puso la Ley divina, expresión de la voluntad divina, "en medio de su Corazón" (Ps. 39). Y desde el "Aquí me tienes, Padre, para cumplir tu voluntad", del primer instante de su vida, hasta el "Todo queda cumplido", momentos antes de expirar en la Cruz, toda la vida de Jesús fue, como Él mismo lo atestiguó, hacer toda la voluntad del Padre: "Yo hago siempre lo que le agrada a mi Padre" (In., 8, 29).

Así, pues, con sus obras nos invitó, nos llamó y nos animó para que le siguiésemos por el camino de la salvación; porque realmente, si bien en pos de Él,

y con su gracia, pero somos nosotros los que hemos de recorrer el camino de la salvación, el único, el trazado y recorrido por Cristo.

Y como el camino de la salvación eterna, supuesta la prevariación del pecado, ha de ser camino de abnegación y de renuncia a muchas cosas, camino de sufrimientos del alma y del cuerpo, camino, en una palabra, de cruz; por eso Cristo recorrió o res-



cató de la esclavitud del pecado, de la muerte y del demonio; y nos redimió principalmente con su voluntaria inmolación de amor y de obediencia; la inmolación de su Corazón; inmolación que duró toda su vida, culminó en la Cruz, y la renueva Él de continuo en su Sacrificio Eucarístico. Toda su vida, como dice muy bien el Kempis, fue "cruz y martirio"; y por eso se ha dicho con toda propiedad, que si el Cuerpo de Cristo estuvo clavado tres horas en la Cruz, pero la Cruz estuvo clavada treinta y tres años en su amorísimo Corazón.

Sí; toda la vida de Jesús fue una continuada muerte, realizada entre indecibles penas internas, en su Sagrado Corazón. Y su vida de continuada muerte fue para darnos ejemplo de una santa y perfecta vida, la de un corazón semejante al de Él, por la ofrenda de nuestro propio sacrificio de amor y de obediencia a la santa voluntad de Dios.

Por el camino, pues, de la santa Cruz es por donde le hemos de seguir; con la cruz en nuestro corazón. Así cooperaremos a la obra de nuestra propia redención y salvación y a la de nuestros hermanos, participando de la Cruz redentora de Jesús.

#### b) Invitación de palabra

¡Cuántas veces nos la hizo, uniendo a la firmeza de sus aseveraciones, la suavidad, dulzura y mansedumbre en la forma!

"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no caminará en las tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida" (In., 8, 12). Luz del mundo es un título Mesianico; y como tal lo entendieron los judíos, ante los cuales hizo Jesús esta solemne afirmación, junto al gazofilacio, o sala del tesoro, del Templo, después de la fiesta de la Dedicación.

Pero el pensamiento de Jesús tenía mayores alcances. El Mesías es Hijo de Dios, porque sólo Dios puede ser, en sentido pleno, "luz del mundo" moral y espiritual. Y el que es la luz del mundo, comunicará a sus seguidores, como Él mismo los asevera, *la luz de la vida*. Es que "luz y vida", en el lenguaje de Jesús, son las dos categorías supremas, cuya plena realidad se halla en solo Dios. *Luz* es el fulgor radiante de la verdad divina en la inteligencia humana; *vida* es como la vibración del Ser divino, que repercute en el corazón humano. Y *la luz de la vida* es la claridad viviente y vital, que destierra las tinieblas y sombras de muerte; faro esplendente que nos señala el puerto de la Ciudad de Dios, donde en luz celeste florece eternamente *la vida*.

¿Podía habernos invitado Jesús a su seguimiento más eficazmente; es decir, a que le sigamos con un corazón semejante al suyo, por la imitación de su luz y de su vida?

Aún más concretamente nos invita y nos llama Jesús a que le sigamos, y precisamente por la imitación de su Corazón, Corazón-Modelo, cuando nos dijo con suavísimas palabras: "Venid a Mí, todos cuantos estáis fatigados y agobiados; y Yo os restauraré. Tomad mi yugo sobre vosotros; y aprended de Mí, porque soy manso y humilde de Corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt., 11, 28-30). Nos dice que

tenemos acceso fácil y seguro a Él, precisamente porque es manso y humilde de Corazón; y así, a nadie desecha, a todos recibe. Nos añade que su mansedumbre y humildad son virtudes de su Corazón; es decir, virtudes internas, de donde procedía la mansedumbre de su trato benigno y caritativo con todos, y la humildad de su obediencia al Padre Celestial y

a sus Representantes. Y con esto nos exhorta a que imitemos estas virtudes de su Corazón, pues tan sólo así tendremos reposo, paz, dicha verdadera.

Basten estos dos ejemplos, como muestra de las invitaciones, tantas y tan preciosas, con que Jesús nos invita, de palabra, a que le sigamos, imitando los sentimientos y las virtudes de su Corazón.

## 2.º LA DOCTRINA DE LOS APÓSTOLES

En el Libro de los Hechos de los Apóstoles se nos refiere que “la multitud de los que creyeron tenía un solo corazón y una sola alma (Act., 4, 32); y San Lucas, su autor, nos da la explicación: “Perseveraban asiduamente en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunión de la Fracción del Pan y en las oraciones” (ib., 2, 42).

La asidua oración y la muy frecuente y aun diaria participación de la Sagrada Eucaristía, iba uniendo cada vez más las almas de aquellos nuevos cristianos en Cristo; y las unía con tal vital adhesión, que llegaban a tener una sola alma y un solo corazón con el Alma y el Corazón de Cristo; de donde resultaba que entre ellos mismos, mutuamente, eran un solo corazón y una sola alma. Además, en la predicación de los Apóstoles, los primeros y más ejemplares seguidores de Cristo, aprendían la imitación del Divino Modelo; y no tan sólo en lo que se les mostraba haber sido lo exterior de su vida, sino mucho más en lo más íntimo de ella, que es su Corazón; y así se animaban a reproducir en sí mismos las virtudes del Corazón de Jesús.

Lo mismo podemos aprender nosotros, al leer u oír leer las Cartas de los Apóstoles. Citemos, por vía de ejemplo, algunos pocos textos.

San Pedro, en su 1.ª Carta, nos propone el ejemplo de Cristo, para que le imitemos: “Para esto fuisteis llamados; por cuanto también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (2, 21). Y prosigue recordándonos las virtudes de Cristo, las de lo íntimo de su santísima Alma; y lo íntimo del alma es lo que, en expresión bíblica, se llama “corazón”. Y en el cap. 3.º nos exhorta San Pedro a vivir con los ojos puestos en Cristo, como en modelo supremo, para imitarle: “Santificad al Señor Cristo en vuestros corazones” (3, 15); que es decir: tened a Cristo Nuestro Señor por Santo y ejemplar de santidad, para imitarle en vuestros corazones, haciendo santos los vuestros, a semejanza del suyo.

Y con San Pedro, su inseparable compañero San Juan. La caridad del Corazón de Cristo es el tema central de sus Cartas; y sus palabras llegan al alma, porque están unidas de íntima devoción; pues nos

habla el Discípulo “al que tanto amaba y quería Jesús”, el que habiendo reclinado su cabeza sobre el Pecho adorable de su querido Maestro, en la Última Cena, y habiendo percibido los latidos sensibles de su amantísimo Corazón, seguía percibiendo siempre sus latidos espirituales; y al corresponder él con vivísimo amor al de Jesús, nos exhorta a nosotros con encendidas palabras a una parecida correspondencia de amor, por la imitación de las virtudes del Corazón de Cristo.

En breve resumen nos lo dice en esta frase: “Quien dice que permanece en Él (en Cristo), debe, como Él caminó, también él caminar así” (1 In., 2, 6). Esto es: ser cristiano, ser de Cristo, es principalmente vivir como Cristo; ser semejante a Él; imitar los ejemplos de ejemplarísima virtud con los que Él recorrió el camino de nuestra salvación; y ciertamente que lo recorrió con un Corazón lleno de amor y de obediencia. De aquí procede la definición que del cristiano dio después San Gregorio Niseno: “El cristiano, otro Cristo”.

Pero es San Pablo el que con más frecuencia y con admirable variedad de expresiones, nos enseña a entrar en el interior de Cristo, o sea en su Corazón, para hacer el nuestro semejante al suyo.

Al exponernos en su Carta a los Romanos, la providencia sobrenatural de Dios en su acción salvadora de los hombres, nos dice que este plan benignísimo de Dios tiene como término el que “seamos conformes con la imagen de su Hijo, Cristo” (Rom., 8, 28-30). A esto nos predestinó Dios; a esto nos llamó; para esto nos justificó o dio la vida sobrenatural; y si en verdad vivimos como imágenes vivas del Divino Modelo, nos glorificará el Padre con Cristo.

Ser imágenes de Cristo; tal es la vida cristiana. Y bien se ve que se trata aquí de la imagen interior; que reproduzcamos en nuestro corazón los pensamientos y afectos, los sentimientos y virtudes del Corazón de Cristo.

En su Carta a los fieles de Filipos nos habla así: “Tened en vosotros estos sentimientos; los mismos que en Cristo Jesús” (2, 5); lo cual significa que Cris-

to es el Modelo de los sentimientos que nosotros hemos de tener, para que tengamos los que Él tuvo en su Corazón; y que juntamente su Corazón es el principio íntimo y vital de nuestros sentimientos, para que sean los que corresponden a quienes viven y sienten en Cristo. Y a continuación, nos dice el Apóstol cuáles fueron los principales sentimientos del Corazón de Cristo, los que nosotros hemos de hacer nosotros; el de profunda humildad y el de perfecta obediencia: "Se abatió a Sí, mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz" (v. 8).

Fue San Pablo imitador perfecto de Cristo, porque su corazón fue no tan sólo semejante al Corazón de Cristo, sino el mismo de Cristo, pues en el pecho de Pablo no alentaba, espiritualmente, su propio corazón, sino el de Cristo.

Y a esto mismo nos exhorta también a nosotros: "Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo" (1 Cor., 11, 1); con lo cual nos enseña que Cristo es

el ideal y modelo supremo de toda santidad verdadera; y que si imitamos a los Santos, como dechados de perfección cristiana, es precisamente porque ellos, como San Pablo, fueron imitadores de Cristo.

Finalmente, en la Carta a los Efesios nos dice, complexivamente, en qué hemos de imitar a Cristo; a saber, en el amor a Dios y a los hombres; al Padre y a los hermanos; y de tal manera, que nuestra vida ha de ser vida de amor; hemos de *caminar* en el amor, impulsados por el amor, siguiendo las sendas del amor; y de un amor tan verdadero, como lo fue el de Cristo, que nos lleve al propio sacrificio, aun al sacrificio más costoso para el hombre, que es el de la perfecta obediencia. Y ¿quién no ve que todo esto es de lo íntimo del corazón, y que imitar a Cristo en esto es imitar su Corazón? "Y caminad en el amor; así como Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, como víctima y ofrenda a Dios, en fragancia de suavidad" (Eph., 5, 2).

### 3.º LA PRÁCTICA DE LA IGLESIA EN SU SAGRADA LITURGIA

A la invitación que el Señor nos hace, con sus obras y con sus palabras, para que imitemos su vida interior, la que se expresa en su Corazón; y a las enseñanzas de los Apóstoles; corresponde la Iglesia en su Liturgia, con admirables oraciones, súplicas y jaculatorias, en las que de un modo particular y concreto pedimos el don divino de esa misma imitación del Corazón de Cristo.

En una de las oraciones, que ahora tenemos, como "Colecta", para la Fiesta del Bautismo del Señor, y que es una de las más bellas y profundas de la Liturgia, pedimos al Padre Celestial que "por Aquel al que reconocemos semejante a nosotros en lo exterior, seamos reformados en lo interior, como imagen suya".

El Domingo de Ramos suplicamos la gracia de que todos nosotros sigamos los ejemplos de Nuestro Salvador, que se anonadó, haciéndose Hombre y muriendo en la Cruz.

La oración "Colecta" de la Misa Votiva del Sagrado Corazón es así: "Señor, Dios nuestro: infúndenos las virtudes del Corazón de tu Hijo, e inflámanos en sus mismos sentimientos; para que, conformados a su imagen, merezcamos participar de los frutos de la Redención eterna". Y en la oración después de la Comunión, de la misma Misa Votiva, imploramos de este modo la gracia divina: "Después de participar del Sacramento de tu amor, te pedimos, Dios nuestro, la gracia de parecernos a Cristo en la tierra, para merecer compartir su gloria en el Cielo".

Entre las preciosas invocaciones y jaculatorias de la Iglesia, y que ella ha enriquecido con indulgencias y se contienen en el libro "Enchiridion Indulgentiarum. Preces et Pia Opera", he aquí algunas, que confirman todo lo anteriormente dicho: "Sagrado Corazón de Jesús: que seas conocido, que seas amado, que seas imitado". "Sagrado Corazón de Jesús: yo creo en tu amor para conmigo." "Corazón de Jesús, abrasado en amor a nosotros: inflama nuestro corazón en amor a Ti." "Jesús, manso y humilde de Corazón: haz nuestro corazón según tu Corazón."

Finalmente, cuando la Santa Madre Iglesia nos presenta la imagen de Jesús Crucificado, o la imagen de Jesús, con su Corazón patente sobre el Pecho, o la realidad misma de Jesús en la Eucaristía; nos recuerda sin cesar el amor inmenso con que el Corazón de Dios-Hombre nos ha prevenido; y el amor que por ello, y en correspondencia de amor, le debemos; el amor que nos tiene, y el amor que, a imitación suya, hemos de tener a Dios y a todos los prójimos. Así, nos invita de continuo la Iglesia a la imitación del Corazón de Cristo, el Corazón-Modelo.

¡Ojalá sirvan las reflexiones que hemos recordado en este modesto artículo, para que se avive en nosotros, y por nuestro medio en otros muchos, el ardiente deseo y el firme propósito de vivir en la imitación del Sagrado Corazón de Jesús, mediante la divina gracia, que del mismo adorable Corazón mana copiosamente, como de Fuente perenne!

ROBERTO CAYUELA, S. J.



# GLORIA A MARIA; HIJA DEL PADRE

Para entender bien esa filiación divina de María es necesario tener presentes algunos presupuestos, el principal de los cuales es sin duda el de la unicidad y singularidad de la generación divina. De ese presupuesto nos habla el Credo, en que profesamos: “Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de cielo y tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo *Unigénito* de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas quien; por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos, y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre”.

Hay, pues, un Hijo Único de Dios, que es Jesucristo. Hijo eterno, de siempre, mucho antes de que se hiciera hombre por nosotros. Y el nombre que se le da en la Escritura siempre es “Hijo Unigénito”. Lo cual quiere decir que no hay filiación divina ninguna fuera de la del Hijo natural de Dios.

Se dan muchas filiaciones divinas —“se nos ha sido dado poder a todos para ser hechos o hacernos hijos de Dios” (Joan. 1, 12). Pero toda filiación divina se hace por incorporación a Cristo, por participación del don que Él ha recibido.

Y eso vale también de la Virgen María. Es Hija del Padre, se diría que agota la fecundidad del Padre, pero por su asociación e inserción en el Hijo Unigénito.

En efecto, la generación del Hijo en la Trinidad agota totalmente la fecundidad del Padre, porque da totalmente todo su ser al Hijo Unigénito, que no difiere en nada del Padre sino en ser recibido. La misma realidad infinita del Padre, en el Padre está dándose, en el Hijo recibíéndose. Y como le da todo, todo su ser infinito lo da a su Unigénito, no queda ya nada para dar a los demás: se agota ahí la fecundidad del Padre. Y es una fecundidad tan profunda y tan maravillosa, que supera cuanto nosotros podemos concebir de la paternidad real, que por eso nos dice san

Pablo que “de Dios Padre deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra” (Efes. 3, 15).

Las paternidades que conocemos producen un ser *semejante* a los padres, no hacen un ser idéntico. Pero a dónde querría llegar la verdadera paternidad sería, no a comunicar un ser semejante al mío, sino a comunicar mi mismo ser, darme yo mismo: esto no lo alcanzamos nosotros, esto lo alcanza Dios. La estructura interna de la misma naturaleza divina infinita exige la donación de sí entera, completa, sin división. Y por eso la misma realidad, no una realidad semejante, hay en el Padre y en el Hijo: en el Padre dándose, en el Hijo eternamente recibíéndose.

Y precisamente porque es el mismo ser total que se da, hay una proyección de infinito Amor del Padre al Hijo, que ve en Él la realización completa de Sí mismo y hay una proyección infinita de Amor del Hijo al Padre, de agradecimiento de recibir de Él todo su ser. Y esa proyección infinita de Amor Mutuo que los une es el Espíritu Santo, el Amor Sustancial en Dios, principio de toda fecundidad. Y ahí se agota toda la fecundidad divina.

Se agota, y no se agota. Porque la perfección infinita comunicada al Hijo, Dios quiere glorificarla, quiere que sea conocido cuánto ama a su Hijo, cuánto le da, cómo se le entrega totalmente. Y quiere que sea conocido, no sólo en el interior de la Trinidad, sino fuera. Y este deseo de glorificación externa de su Hijo es la causa de la creación: todo lo crea el Padre simplemente para mostrar la inmensidad de infinitud de amor que tiene a su Hijo, y el don infinito que de Sí mismo le está haciendo en su seno.

Y esa creación que se hace así para gloria externa del Hijo, no la hace el Padre sin el Hijo, sino con el Hijo. Porque la creación consiste en ir cogiendo el don que de Sí mismo ha hecho a su Hijo e irlo poniendo participado de infinitos modos y maneras fuera de Dios. Todos los seres creados son como un pequeño reflejo parcial de la inmensidad e infinitud del ser divino del Hijo de Dios. Y el Padre no comunica ningún aspecto de su ser a las creaturas, sino en cuan-

to el Hijo acepta y quiere esa comunicación para gloria del Padre. Y por eso toda la creación es del Padre, y toda la creación es del Hijo, de quien nos dice san Juan: "Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho de cuanto ha sido hecho" (Joan. 1, 3). Y san Pablo tiene una serie de textos maravillosos en que habla de esa creación activa hecha por Cristo como instrumento del Padre: Dice a los Colosenses: "Todas las cosas fueron creadas por Él y en Él" (Colos. 1, 16) —refiriéndose a Cristo. Y también: "Todas las cosas tienen en Él —en el Hijo de Dios— su apoyo y su subsistencia" (Colos. 1, 17), porque las cosas existen sólo en tanto en cuanto el Hijo que recibe la plenitud del ser del Padre comunica algo de ese ser suyo a una creatura. Y en el momento en que el Hijo retirara esa comunicación que hace de lo que es suyo, de lo que se le ha entregado en exclusiva a Él, la creatura dejaría de existir, fuera la que fuera. Por eso todas las cosas tienen en Él su subsistencia.

"Y Él es antes que todas las cosas (Colos. 1, 17); para Él y por Él son todas las cosas" (Hebr. 2, 10). Y también, en la epístola a los Colos.: "Todas las cosas, y en todas las cosas, Cristo" (Colos. 3, 11).

Y así toda creación es una especie de filiación divina, porque toda creación supone una comunicación por parte del Hijo de algo que Él ha recibido como herencia y por generación repartiéndolo a los demás. Y eso lo quiere el Padre para gloria del Hijo, para que se vea la infinita riqueza que ha dado a su Hijo, que por mucho que se multipliquen las copias, las imitaciones, las participaciones, nunca llegan a agotar esa riqueza. Y la quiere también el Hijo, pero para gloria del Padre, porque en Dios no hay egoísmo en las Relaciones Trinitarias: el Hijo quiere dar ese Ser que Él ha recibido, participándolo en las creaturas para que todas las creaturas conozcan el Amor infinito con que el Padre le ama a Él, y todas glorifiquen al Padre, viendo cuán amable, infinitamente amable es, como fuente de todo bien, de todo ser, de toda perfección, de toda bondad, de toda vida, de toda dicha.

Y como ambos, el Padre y el Hijo, proceden por Amor en esta creación, lo que les mueve es el amor mutuo que se tienen para glorificarse el Uno al Otro, el principio fecundo de la creación es el Amor Substancial de Dios, el Espíritu Santo. Por eso a Él se le atribuye de modo especial la santificación, es decir, la vinculación de toda esa creación a Dios de nuevo, porque ha salido de Dios para glorificación del Padre y el Hijo. Y por eso se atribuye al Espíritu Santo en la Escritura todo lo que es vida del Universo. Desde

el principio en que rafaguea sobre las aguas como incubándolas para darles potencia de vida (Gen. 1, 2), cuando purifica después en el diluvio (Gen. 6, 3), cuando nos dice la Escritura: "Envías tu Espíritu y todo será renovado; apartas tu espíritu, y todo perece" (Sal. 103, 29, 30).

El sistema para obtener esa finalidad en la creación y esa extensión de la filiación de Cristo, es "incorporar todas las cosas a Cristo como a Cabeza" (Efes. 1, 10), de modo que todo cuanto Dios crea no lo hace como separado de Cristo: es una participación del don eterno que ha hecho a Cristo pero esa participación del don eterno no queda separada, queda vinculada a Cristo y; esto nos lo dice san Pablo en la Carta a los Efesios: "El designio eterno de Dios es vincular a Cristo como a Cabeza todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra" (Efes. 1, 10). Y ahí empieza precisamente la filiación. En un cierto modo todas las cosas participan de la filiación de Cristo, porque todas las cosas las asume Cristo como propias, como suyas, para repartir en ellas el don de Dios, y para volverlas junto con Él al Padre del que procede, y glorificar así a su Padre.

Pero en este plan de incorporación Dios siguió un designio muy extraño y maravilloso. Dios no es cícatero nunca en su don; y ya puesto el Padre a querer glorificar a su Hijo manifestándolo al mundo, y haciendo que participaran de la filiación que Él tenía, del ser que Él tenía, no quiso dar a la creación un don pequeñito; quiso darle toda la plenitud del ser que había dado a su Hijo.

Pero había un inconveniente gravísimo, que ni Dios mismo podía superar. Dios puede dársele todo entero pero no hay individuo creado que pueda recibir a Dios entero: lo limita al recibirlo. Y por eso si de parte del Padre era deseo comunicar la plenitud del ser de su Hijo a la creación, de parte de la creación, fuera la que fuera, era imposible hallar un ser individuo capaz de recibir la plenitud de Dios. Y esto se arregló comunicando todo el ser del Hijo de Dios, pero no a un individuo, que por el mismo hecho lo limitaría, ni a una naturaleza ya existente fuera, a algo ya existente, porque al comunicársele, siendo limitado ese existente, lo limitaría. Se hizo de otro modo: se comunicó el mismo ser del Verbo a una naturaleza que se crea, pero no como separada del Verbo, sino como asumida por Él: naturaleza que no es individuo, que no es un ser separado, que no es un yo, sino que pertenece totalmente al Yo divino del Hijo Unigénito. Más diría que comunicarse el Verbo a esa naturaleza, es la naturaleza creada asumida en su misma creación al orden divino, a la Persona dei

Verbo. Y ésta es la Encarnación, en que tenemos dos naturalezas, la divina del Hijo, y la humana; pero la humana no tiene Yo, la humana no es individuo, la humana tiene como sujeto personal, como yo, como individuo, la Persona del Hijo Unigénito eterno de Dios. Y entonces se da la comunicación realmente infinita del Verbo a la creación, como quería el Padre para manifestar el amor que tenía a su Verbo, como quería el Hijo para poder dar con la creación honra y gloria infinita a su Padre de quien todo lo recibió. Y entonces tenemos la naturaleza humana de Cristo limitada como creada, pero todas sus acciones de valor infinito, porque son de Persona divina. Y toda esa Persona que impregna la naturaleza humana de Cristo, siendo sujeto de todas sus operaciones, de tal modo se vuelca en esa naturaleza que san Pablo nos dice que en Cristo como hombre “habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad” (Colos. 2, 9). Por eso Cristo encarnado es la donación máxima, realmente infinita que el Padre Eterno nos hace, entregándonos totalmente, y de modo palpable a su Hijo, de modo que el que mira a Jesús Hombre sabe que éste es Dios. Recordemos las palabras de Jesús a Felipe en la última Cena, cuando le dice Felipe: “Muéstranos al Padre, y nos bastará” (Joan. 14, 8); y Jesús le responde: “Felipe, tanto tiempo llevo estando con vosotros y aún no me conocéis? Quien me ve a Mí —lo que estáis viendo vosotros— ése ve a mi Padre” (Joan. 14, 9), porque “Yo y mi Padre somos una misma cosa” (Joan. 10, 30; 17, 27).

Se nos ha entregado Dios todo entero, no podía darnos más, porque nos ha hecho donación infinita. Y por otra parte a ese amor que Dios muestra para glorificar a su Hijo dándonoslo totalmente a conocer, corresponde el amor de Cristo honrado con la creación con honra verdaderamente infinita y gloria infinita al Padre Eterno, porque la honra que le da con su naturaleza humana creada no tiene valor finito de naturaleza creada, sino valor infinito, porque es infinita la Persona cuyas acciones son esas acciones creadas.

Ya puesto ese designio, absolutamente toda filiación divina se va a hacer en el plan de Dios mediante esta incorporación a Cristo Hombre, o al Hijo de Dios hecho hombre, para que las creaturas en su aspecto humano lo vean asequible y se puedan injertar en Él ; y al injertarse en Él como miembros, se injertan en la segunda Persona de la Santísima Trinidad,

y participan de su vida, de su infinitud, de su amor, de su generación eterna, según nos dice en el Evangelio (Joan. 6, 58): “Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí”. Le comemos gracias a que se hizo carne y sangre por nosotros; y al comerle a Él vivimos de su vida eterna infinita, igual que Él vive por la Vida que el Padre le está comunicando eternamente en su seno. Y ésa es nuestra filiación. Una filiación que alcanza un sentido de propiedad total, porque Jesucristo se abaja a nuestro nivel humano y creado para que podamos injertarnos en su nivel divino e increado. Y por eso, verdaderamente somos hijos de Dios, y amados infinitamente por Dios, que nos ama en su Hijo, y recibiendo el ser y la vida de Dios. Pero no hijos distintos, diría, del Hijo Unigénito, porque esa vida de Dios que recibimos no es más que participación en nosotros, comunicación de la vida que el Unigénito recibe. No engendra seres aparte de su Hijo.

Y qué papel tiene en este plan y proyecto la Virgen María? Ahí entramos en la filiación de la Virgen. Pero antes de entrar en ella detengámonos en una breve reflexión. De tal modo Dios ha querido la encarnación del Verbo que no depende de que nadie en concreto, ni éste ni el otro, acepte incorporarse a él; por eso todos pueden salvarse o condenarse, y el Verbo se encarna igual. Pero de tal modo ha querido la predestinación de María que no ha querido la encarnación de su Hijo sin la predestinación y existencia de la Virgen María: un mismo decreto de predestinación eterna determina los destinos de la Virgen y de Jesús hecho hombre. Lo cual quiere decir que Dios había decidido no hacerse Hombre si la Virgen le fallaba; y por tanto no hubiera habido creación alguna. Lo cual prueba que la filiación que busca Dios en orden a la Virgen María es del mismo orden y está en la misma línea que la entrega total que de su Hijo hace al mundo: con que la Virgen acepte, el mundo ha aceptado la donación total que hace de su Hijo; si la Virgen no acepta no hay tal donación. Por consiguiente, a la Virgen María se le da la misma donación del Verbo que se le da a naturaleza humana de Cristo pero; como a individuo, y como individuo lo limita. Por eso dice san Jerónimo: “toda la gracia de Cristo está en la Virgen María, aunque de otro modo”, porque la misma donación que se hace a la Humanidad de Cristo, ésa se hace a la Virgen María.

## MARIA, HIJA DEL PADRE ETERNO

Tenemos dos textos que nos dan luz extraordinaria sobre esta filiación. El uno es de la Bula de la definición de la Inmaculada, de Pío IX, que retoma Pío XII en la Bula de definición de la Asunción: “La Augusta Madre de Dios está unida de modo arcano a Jesucristo de toda eternidad por un mismo e idéntico decreto de predestinación”. La Bula de definición de la Inmaculada añade más, como consecuencia de esta unidad de decreto: que la gracia de la Virgen es como infinita —*quasi infnita*—.

El segundo texto es de Pío XII en la definición de la Asunción, en que nos dice: “Todos estos argumentos y consideraciones de los Santos Padres y de los teólogos se apoyan como en último fundamento en las Sagradas Escrituras, las cuales ciertamente nos ponen como ante los ojos a la excelsa Madre de Dios como estrechísimamente unida a su divino Hijo, y participando siempre de su suerte”, lo cual prueba la participación de su filiación divina.

Si es un mismo el decreto por el que el Padre Eterno decidió de toda eternidad la encarnación de su Hijo y la predestinación de la Virgen María, es evidente que no se hubiera dado la encarnación de Cristo si la Virgen hubiera fallado. A Dios no le agradaba hacerse hombre si no con una condición: que la Virgen María interviniera en esa donación del Verbo a la Humanidad. Y basta que Ella acepte, y no hay otra condición ninguna; aunque toda la creación hubiera respondido mal, lo mismo da, porque antes de decretar la creación, el primer decreto en la intención es la encarnación del Verbo mediante la Virgen María.

Ya ahí aparece en primer lugar una diferencia entre la filiación nuestra y la de la Virgen. Nosotros somos creados para incorporarnos a Jesucristo, y así participar de su filiación; y como Él se hace Hombre por amor, por amor libre quiere nos incorporemos. Podemos fallar, y Él no por eso deja de hacerse Hombre; podemos ser fieles, y Él entonces se vuelca sobre nosotros. Pero en último término, nuestra filiación, como individual y particular, ocupa un lugar secundario en los planes de Dios: es para honra de Cristo encarnado, y Dios logrará que se incorpore todo el número que ha de informar la integridad del Cuerpo Místico de Cristo; pero no garantiza la unión de ninguno en concreto como particular. En cambio de tal



modo ha querido garantizar la unión de la Virgen María, su inserción en Cristo, que de no insertarse Ella, Cristo no se hace Hombre. Porque la predesti-

nación de Cristo como Hombre es idéntica y la misma que la de la Virgen: no se da la una sin la otra. Por eso el misterio de la Encarnación tiene dos vertientes inseparables: la humanización de Dios, y la divinización de la Virgen María, que representa en sí toda la creación.

Y es que aunque Cristo como Hombre da gloria infinita a su Padre, porque es Persona divina la que le honra en esa naturaleza humana, falta algo a esa honra para que al Padre le llene como honra de creatura: falta la perfecta alteridad. Aunque se le da honra con la creación —la naturaleza de Cristo humana creada—, quien le da honra no sola del círculo divino, no pertenece a la creación la segunda Persona de la Trinidad. Y Dios quería que la misma creación como distinta de Él le diera la honra total; y por eso, sólo admite justificación la Encarnación del Verbo si mediante Ella se logra una creatura que en representación y condensando en sí la creación entera, dé a Dios el honor y la gloria que la creación le debe. Y por eso a la Virgen María se le entrega la misma filiación que a Cristo Hombre, porque lo que induce a Cristo a hacerse hombre es incorporar como Hija del Padre a la Virgen María.

Por ello también hizo identidad de filiación en otro aspecto: quiso el Padre Eterno que la donación del Verbo a la Humanidad de Cristo se hiciera por María, no sin Ella: sin Ella no quiere la encarnación. Si la donación del Verbo a la Humanidad de Cristo se hizo por María, es evidente que no se hace donación a esa Humanidad que no se haga también a la Virgen María para que se la pase a su Hijo. Y por eso, la Virgen María concentra en sí toda la filiación posible en absoluto en el orden creado, con relación a Dios. De ahí se deduce también que nosotros somos hijos de Dios, sí, pero cada uno como un miembro particular, con una inserción particular en Cristo, participando de su vida: no sabemos cuál es nuestra particularidad, y así no sabemos cuáles son nuestras gracias. Pero a la Virgen María se le ha conferido toda la plenitud de la filiación divina. Se la hace a Ella transmisora a todos nosotros de esa misma filiación. Y así todos, a la vez que somos hijos de Dios, somos hijos de la Virgen María, que nos engendra como Madre a esta vida sobrenatural.

¿Qué quiere decir esto entonces? Que todos los aspectos de filiación divina participados en las creaturas, Dios los puso todos por entero en la Virgen María, de quien después se difunden con largueza en todos y cada uno de los salvados. Y eso nos hace per-

cibir en algún modo lo inconmensurable de la perfección de esa filiación divina de la Virgen. Es la misma filiación de Cristo Hombre, y es a la vez la suma y síntesis de todas las filiaciones de los elegidos. Por eso la correspondencia de la Virgen María a Dios basta para la Encarnación. Lo único que está indisolublemente ligado al decreto de la Encarnación de Cristo es la predestinación de María. Pero es que si Ella corresponde, se obtiene ya, aunque nadie más correspondiera, todo el fruto, toda la gloria, todo el honor que Dios busca de su creación.

¿Qué añadimos nosotros? Nosotros nos incorporamos a Cristo, no directamente para gloria de Dios, sino para gloria de Cristo Hombre y para gloria de su Madre, para que en nosotros resplandezca la riqueza infinita del don de Dios, dado a su Hijo, y dado a su Madre. Por eso dice San Pablo: “Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo, Cristo de Dios” (1 Cor. 3, 22. 23). Podíamos decir también, dada la asociación estrechísima de María a su Hijo, participando en todo de su suerte: “Todas las cosas son vuestras, nosotros de la Virgen, de quien recibimos como de Madre la filiación divina; la Virgen es el consuelo, la plenitud del Corazón de Cristo, unida y asociada a ese Cristo, y con Cristo, es la gloria de Dios, la perfección de Dios.

Aquello en quien Dios se vierte, engendrándose en Ella, transmitiéndose a Ella, como de toda eternidad se había transmitido a su Hijo Unigénito, y como en el tiempo transmite todavía la plenitud de su ser a la Humanidad de Cristo, y a la Madre de la Persona del Hijo, que a esa Persona divina le ofrece la humanidad que aparece llena “corporalmente” de la divinidad.

Esa plenitud de filiación, es la misma en Cristo y en la Virgen María, aunque en Cristo, por ser su naturaleza de Persona divina, adquiere una dignidad que no adquiere en Ella. Por eso nos dice San Jerónimo: “Toda la gracia de Cristo —y la gracia es filiación divina— está en María, aunque de modo distinto”, porque Ella no es Persona divina.

Para indicarnos esa identidad de filiación viene la asociación de que nos habla Pío XII: “Se nos presenta estrechísimamente asociada a su divino Hijo, y participando siempre de su suerte”. La suerte primera del Hijo es ser herencia del Padre; así María participa de la herencia del Padre. Pero después participa de toda la actividad de su Hijo, porque todo cuanto Dios concede a su Hijo Unigénito lo da también a la Virgen María, en tanto en cuanto Ella sea capaz

*obediencialmente* de participar como creatura ese don. Y así tenemos asociación en la creación: lo que el libro de los Proverbios dice del Verbo Divino o Sabiduría del Padre, del Hijo de Dios, como causa creadora con el Padre de todas las cosas, la Iglesia lo aplica directamente a la Virgen María, porque también le conviene a Ella, por su asociación con el Hijo. La predestinación de los ángeles, en el Apocalipsis (12) la Mujer vestida de sol y que lleva un Hijo en sus entrañas —que es la Virgen María con el Verbo en sus entrañas—, determina la salvación o la condenación de los ángeles: Ella sola no. Ella vestida de sol con el Hijo en sus entrañas; pero Ella, y el odio que dirige hacia a Ella, lleva al demonio a ser reprobado.

En el paraíso, en la obra de la redención, igualmente aparece esa asociación inseparable: “Enemistades pondré entre ti y la Mujer —dice a la serpiente (y fijémonos que está en primer plano la Mujer, antes que su descendencia)—, entre tu descendencia y la de Ella; Ella aplastará tu cabeza, y tú morderás su calcañar” (Gén. 3, 14-15). Cosa curiosa: la palabra o pronombre Ella, en hebreo es *Él* (*hvh*); pero *él* en ese capítulo se usa para Eva varias veces (Gen. 3), de modo que Dios quiso justamente ahí usar un masculino con sentido claramente femenino para llegar a esa promesa y como decirnos: “Cuidado, que ese pronombre sujeto que aplasta la cabeza de la serpiente, es *uno*, y es *Él* y Ella: la Mujer y su simiente, asociados totalmente como principio único de lucha y de victoria”.

Y llega el diluvio, y en el diluvio se repite el mismo fenómeno— los únicos lugares en que en hebreo la forma consonántica *él* se encuentra en hebreo en sentido femenino, pues también aquí se usa la forma *el* con significado femenino de *ella* (Gén. 7, 2)—. ¿Por qué? Para indicarnos que quien nos libra del diluvio es la Simiente de la Virgen, el Salvador —era menester que el hombre no pereciese, porque había de venir el Salvador del mundo—, y la Mujer cuya es la Simiente. Por eso Ella después aparece tras el Diluvio “como arco refulgente entre nubes de gloria” (Eccli. 50, 8), como “candor y blancura de la luz eterna” (Sap. 7, 26), que nos la transmite dándonos esperanza de que nunca será abandonada la humanidad, porque está Ella en medio: Dios habita en Ella como en una nube (2 Par. 6, 1: “Dios dijo que habitaría en la nube”), que a la vez vela su luz inaccesible y nos la transmite.

Finalmente, toda la creación es hecha para que Cristo reine sobre ella; la creación es hecha para

Cristo Hombre; y en esta finalidad de la creación María está también asociada como Reina absoluta y total junto con su Hijo. No son dos reyes, es uno sólo, en dos personas; como es uno solo el decreto de su destino, y uno solo el destino que se les da a los dos, aunque sean dos personas el sujeto de ese destino. Eso nos indica como todo lo que el Padre ha dado a su Hijo, lo da a la Virgen María.

Por consiguiente, cuando el pueblo cristiano canta: “Gloria a María, Hija del Padre”, está ponderando la magnificencia, el amor, la ternura, la eficacia y la ilimitación con que el Padre se ha vertido, ha trasladado su mismo ser a la Virgen, de modo que hubiera una copia perfecta en el orden creado de la misma procesión trinitaria interna del Hijo de Dios en el seno del Padre.

De ahí también la seguridad que tenemos todos nosotros de llegar al Padre, porque la Virgen a su vez como Madre nuestra nos lleva en su seno, y estando Ella en el seno de Dios, jamás Dios nos rechazaría, seamos lo que seamos, mientras nos mantengamos en el seno, en el regazo y en los brazos de María.

Terminemos destacando dos aspectos de esa asociación de María a todo lo de Cristo Hombre, como predestinados de toda eternidad por un mismo decreto arcano del Padre. Asociados en todo indisolublemente, en la misma finalidad y destino, en la misma actividad, como único principio bipersonal, es totalmente inconcebible la unión y conformidad que la voluntad de María tiene con la del Hijo de Dios; la profunda verdad de la disposición perpetua que expresan las palabras de María: “He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra”. Como el Hijo no tiene más manjar que cumplir la voluntad del Padre, así María no tiene más voluntad que conformarse en todo con la voluntad de su Hijo. Si se tiene esa conformidad total en cuenta, desaparecen todas las dificultades psicológicas que la distinción personal de María y su Hijo pudiera hacernos encontrar en la unidad de su destino y de su acción.

Entre esas acciones *unas* de entrambos, está la glorificación del Padre por parte de la creación, y la comunicación de la vida de hijo de Dios a todos los salvados. Una sola y única es la gloria que de parte de la creación dan al Padre el Hijo por su naturaleza humana, y la Madre. Pero cada uno confiere a esa gloria un matiz distinto e inseparable, contribuyendo a hacerla del todo completa, como el Padre la deseaba: Cristo comunica a esa glorificación divina la infinitud, pues es persona divina la que glori-

fica al Padre en su naturaleza humana creada; pero no le comunica la perfecta alteridad. María, como comprincipio de esa única glorificación del Padre, no le comunica ciertamente la infinitud, pero sí la perfecta alteridad, al ser pura creatura asociada a Cristo en esa glorificación. Y así esa glorificación única de la creación al Padre no sería perfecta ni con el Hijo sólo —le faltaría la alteridad—, ni con la Madre sólo —le faltaría la infinitud que el Padre merece—. Por eso el Padre quiso que la glorificación que de la creación espera procediera simultáneamente de su Hijo y de la Madre de su Hijo, para que en todo aspecto fuera completa.

Respecto a la comunicación de la vida de hijos de Dios a todos los salvados, se verifica por la inserción en Cristo como miembros, en virtud del cual viven de su misma vida —“Yo soy la Vida” (Joan. 14, 6), “El que me come a Mí vivirá por Mí así como Yo vivo por el Padre” (Joan. 6, 58), y así la gloria que dan al Padre *es la misma* que la que le da Cristo, que de Cristo se extiende a ellos, se participa en ellos.

Pero esa comunicación única de la Vida divina es a la vez obra de Cristo y obra de su Madre. Pues como Madre nuestra, es Ella la que a todos comunica la Vida que es su Hijo, es Ella quien obra y mantiene nuestra inserción en Cristo como miembros, es Ella de quien deriva a nosotros, pasando por Ella, la vida de Cristo que nos informa, la acción de Cristo en nosotros: de sus manos recibimos toda gracia, que es vida del alma —gracia santificante—, o actuación de esa vida —gracia actual—.

Y así como el Verbo recibe eternamente del Padre su Vida y Ser —se está siempre *ahora* recibiendo—, así los salvados reciben siempre ahora de Cristo su vida y actividad que glorifica al Padre (la dependencia del miembro vivo con relación al ser al que pertenece es siempre actual); y así la Virgen María está siempre actualmente, incluso en el cielo, manteniendo y produciendo la inserción en Cristo de todos los salvados, derivándoles la vida de su Hijo.

Su maternidad no es así transitoria, como la de las madres terrenas; sino siempre actual, y siempre actuante, siempre es Madre *ahora*. Diríamos que es como la participación de la eternidad de Dios en la acción vivificadora de la Humanidad de Cristo y de la persona de su Madre. Por eso la gloria de toda la creación, en Cristo y María, reviste también el aspecto de eternidad, no menos que el de infinitud. Y por eso, todo cuanto dijimos en EL AMOR acerca del crecimiento de Cristo y de los bienaventurados, es aplicable en toda su integridad a la Virgen María:

como el crecimiento de todos y de cada uno —y crecimiento eterno—, es crecimiento de Cristo y por Cristo, así también es crecimiento de Ella y por Ella, que compendia en sí todo el crecimiento de los bienaventurados; es más, es con Cristo el principio único de ese crecimiento. Y así nuestra dependencia actual de Cristo y de la Virgen María no será menor en el cielo de lo que lo es ahora, mientras “nos estamos haciendo hijos de Dios” (Joan. 1). Dependencia dulcísima para el salvado, porque le envuelve el amor infinito del Hijo que en él irradia, y el amor tiernísimo de su Madre que le transmite esa irradiación. Son esos dos amores en que el bienaventurado está envuelto, protegido, del que se está en cada momento como derivando y siendo engendrado, lo que hace imposible la pérdida de la eterna bienaventuranza; como es la generación eterna, siempre actual con que el Verbo procede de su Padre Eterno lo que hace que necesariamente el Hijo sea tan eterno y tan necesario y tan perfecto como el Padre. Si pudiéramos por hipótesis absolutamente imposible concebir que un momento el Padre dejase de engendrar a su Hijo, de comunicarle su Ser, el Hijo dejaría de existir, pero también dejaría de existir el Padre —es Padre en cuanto engendra al Hijo—, desaparecería Dios. Y siendo Dios el Ser necesario, necesario es igualmente que el Padre esté dando siempre ahora el Ser a su Hijo. Pues de modo análogo, si uno de los *ya hechos* hijos de Dios, de los perfectamente engendrados, que como hijos ya nacidos de María participan según toda su capacidad de la vida de Cristo, al que están ya plenamente injertados como miembros, dejare de recibir el influjo de esa vida de Cristo, dejare de ser actualmente dado a luz por María, o bien pudiera sustraerse libremente a la acción de Cristo y de su Madre, dejaría de existir; pero entonces ya tampoco existirían, ni el Verbo como encarnado, ni la Virgen como Madre, pues su acción glorificadora del Padre sería totalmente mísera e ineficaz, en cuyo caso Dios no hubiera querido nunca la Encarnación de su Hijo. Por eso Jesús dice: “y nadie los arrebatará de mi mano” (Joan. 10, 28); y da la razón, que no es otra que el mismo designio del Padre que constituyó su Cuerpo Místico para gloria del Hijo: “Pues el Padre que me las dio, es más poderoso que todos” (Joan. 10, 29), ese Padre cuyo designio eterno ha sido la incorporación de los salvados a su Hijo como a Cabeza (Efes. 1, 10), ese Padre que quiso de modo absoluto e irrevocable cuanto a la perfección del Cuerpo total de su Hijo —Cuerpo físico y místico— se refiriera.

Por eso el número de los salvados, como miem-

### NOTA SOBRE LA INSTITUCIÓN P. PIULACHS

CRISTIANDAD dedicó el pasado número de febrero-marzo de 1972 a las dos obras del P. Piulachs: Asociación de Sacerdotes y Religiosos de S. Antonio María Claret e Institución P. Piulachs. Al hacernos eco de las tareas apostólicas y proyectos de la Institución P. Piulachs entendíamos referirnos a ella como legado del propio P. Piulachs a la Asociación Sacerdotal y concretamente emprendida por la Unión Espiritual de Seglares de S. Antonio M.<sup>a</sup> Claret.

Posteriormente hemos visto publicada en la circular de la Asociación Sacerdotal de mayo último, una "nota aclaratoria" sobre las relaciones entre una y otra entidad; en la que se afirma que la Institución P. Piulachs "lleva vida totalmente aparte" de la Asociación Sacerdotal y que "de todos sus donativos y demás da constancia y acusa recibo la misma Institución P. Piulachs, así como del desenvolvimiento de la enseñanza, piedad y disciplina de la Institución".

Nos parece necesario dar a conocer esta NOTA a nuestros lectores:

#### LA INSTITUCIÓN P. PIULACHS

De todos los Rvdos. asociados es conocido el cariño y ayuda que presta la Asociación como Entidad y nosotros en particular a la Institución P. Piulachs. Y no puede ser de otra manera desde el momento en que nació de nuestra Asociación, es nuestra hija predilecta y la esperanza para el día de mañana para la fe del pueblo cristiano.

Sin embargo, nuestra Obra iba a revestir tal envergadura que tomó personalidad independiente jurídica con fecha 23 de septiembre de 1969 y tiene, por consiguiente, su Junta Directiva, Profesores, Consejeros y su Consejo Sacerdotal Asesor, por lo cual lleva vida totalmente aparte de nuestra Asociación. Igual en proporción sucede con la Unión Seglar.

Ha creído la Junta ser preciso publicar esta nota, diríamos aclaratoria para conocimiento de todos, mucho más desde el momento que en orden a su futuro, para dicha Institución tantos sacerdotes y religiosos se han volcado a buscarle medios materiales, lo cual agradece profundamente dicha Junta.

De todos sus donativos y demás da constancia y acusa recibo la misma Institución P. Piulachs, así como del desenvolvimiento de la enseñanza, piedad y disciplina de la Institución.

Roguemos al Señor que mande operarios a su viña y que pronto se vea repleta de jóvenes y niños que fieles a la vocación sacerdotal los podamos ofrecer a los Prelados y a la Iglesia.

JOSÉ BACHS  
Presidente

### MARIA, HIJA DEL PADRE ETERNO

(viene de la pág. anterior)

broz gloriosos de Cristo perfecto en sí y en sus miembros, está eternamente determinado: nosotros podemos resistir o no a nuestra propia incorporación mientras ésta no es perfecta, se está haciendo: una

vez hecha, nuestra pérdida ya no sería nuestra, sino real y verdaderamente de Cristo, de Cristo tal cual el Padre lo ha querido y predestinado de toda eternidad.

ANTONIO PACIOS, M.S.C.



# LA EUCARISTIA SIGNO DE UNIDAD Y DE PAZ

**“EL CULTO AL TABERNÁCULO, LA ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, LAS PROCESIONES Y EL CULTO SOLEMNE FUERA DEL TEMPLO CON MOTIVO DE LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI, LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS TIENEN SU RAZÓN DE SER SEGÚN LA FE; LA TEOLOGÍA, LA LITURGIA Y LA PIEDAD.”**

Celebramos la fiesta del Corpus Christi, o sea de la Eucaristía, cuya institución ya la Iglesia conmemoró el Jueves Santo, evocando y renovando sacramentalmente la última Cena del Señor tan estrechamente inserta en el drama de la Pasión que induce a la conciencia de cada uno de los fieles y a su comunidad a consagrar una especial reflexión sobre el misterio cumplido y hecho perenne de la permanencia real de Jesús en la Iglesia misma, y de renovarse y multiplicarse el sacrificio de Cristo, de un modo incruento, en el rito eucarístico.

La fiesta del Corpus Christi es un pensar de nuevo aquel hecho y aquel misterio. Nació como devoción de almas fervorosas en el siglo XIII, en Flandes, y litúrgicamente en la Iglesia universal después del milagro de Bolsena por mérito del Papa Urbano IV, con la famosa bula *“Transiturus”* del 1264, de cuyo año celebramos el séptimo centenario.

La centralidad teológica del misterio eucarístico, o sea la presencia sacramental de Cristo vivo y verdadero entre nosotros, y su efectiva representación sacrificial merecía esta festividad refleja, mientras la economía de su ilimitada posibilidad de multiplicarse en todas partes la memoria de tal hecho fuese celebrada, exigían una apología, una apoteosis de Cristo inmolado y presente como alimento de salvación y de vida para cada uno y para todos sus fieles seguidores.

Esto os queremos decir y baste como alusión a la fiesta del Corpus Christi: la Eucaristía es para nosotros peregrinos en el mundo destinados al cielo, el punto focal penetrante y luminoso, de todo el ordenamiento real de nuestra religión cristiana, porque es la presencia del Emmanuel, o sea del Dios con nosotros, que es redención, víctima divina para nosotros, que es, en suma, un designio de comunión divina con nosotros. Cuando más oscuro, cuanto más insólito, cuanto más milagroso el misterio eucarístico es a nues-

tro pensamiento profano (recordad la discusión de Cafarnaum: “este lenguaje es duro ¿quién puede escucharlo? (J. 6, 61)), tanto más se hace claro, lógico, persuasivo, consolador al hombre que cree y ama a Jesucristo. La Eucaristía: es Él.

Debemos, amados hijos, profundizar el misterio de la Eucaristía especialmente en orden a las condiciones internas e externas de la Iglesia en nuestros días: en torno a la presencia de Cristo bajo las especies del pan y el vino, y por ello en torno a su realidad viva y verdadera que la teología católica llama “transustanciación”; en torno al significado no sólo de cena, sino también de verdadero sacrificio, que es la inmolación incruenta de la carne y de la sangre de Cristo reproducida en la oblación del pan y del vino (cf. M. de la Taille, *Myster, Fidei*, p. 457: “la Eucaristía no es sacramento sino en cuanto es sacrificio”); en torno a la necesidad de un divino poder ministerial, o sea sacerdotal para obrar un tan prodigioso misterio; en torno a la exigencia de tener el alma purificada de todo pecado grave antes de llegarse a la Mesa eucarística (Cfr. Mt. 22, 12; I Cor. 11, 28-29); en torno a la comprensión de la caridad y de la unidad como efecto específico de la Eucaristía, o sea como sacramento eclesial por excelencia (siempre deben resonar en nuestro espíritu las célebres exclamaciones de san Agustín: “Oh sacramentum pietatis! o signum unitatis! o vinculum caritatis! (In. J. tract. 26, 13; P. L. 35, 1612-1613) y siempre debemos recordar cómo santo Tomás ve el efecto propio, la gracia, la “res” de la Eucaristía en la “unidad del cuerpo místico, sin la cual no puede ser salvado; a nadie sin embargo se abre el ingreso a la salvación fuera de la Iglesia” (S. Th., III, 73, 3).

Estará bien, por otra parte, reivindicar, contra ciertas negaciones que aquí y allá circulan, la permanencia de la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas también después de la celebración de

la Misa, durante la cual fueron consagradas. Cristo permanece; y por esto se justifica, se exige un culto especialísimo a la Eucaristía también fuera de la Misa como la fe y la piedad de la Iglesia ha profesado y como en tiempos cercanos a nosotros ha promovido y celebrado cada vez con mayor reverencia y solemnidad (cfr. F. W. Faber, *The blessed Sacrament*; ver especialmente la instrucción "*Eucaristicum Mysterium*", en A.S.S., 1967, p. 539 ss.). Así que el culto al Tabernáculo, la adoración privada y pública del SS. Sacramento, las procesiones o el culto solemne fuera del templo con motivo de la fiesta del Corpus

Christi, y los Congresos Eucarísticos tiene su razón de ser según la fe, la teología, la liturgia, la piedad individual y colectiva.

Damos, amados hijos y hermanos, suma importancia a la Eucaristía en la Santa Misa especialmente, corazón de nuestra religión y en la comunicación con Cristo, Pan de vida que se nos ofrece, y habremos dado a nuestra fe la expresión más alta, a la Iglesia su genuina vitalidad, a nuestras almas la escuela y el alimento de nuestra santificación, al mundo el faro de su unidad y su paz. ¡Exhortación vivísima, deseo cordialísimo! con nuestra Apostólica Bendición.

Paulo VI, 15-VI-72

**¿Hasta cuándo será esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón?**

**¿No piensan cómo hacen a mi pueblo olvidarse de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se olvidaron de mi nombre por Baal?**

**El profeta con quien fuere sueño, cuente sueño; y el con quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice Yahwé.**

**¿No es mi palabra como el fuego, dice Yahwé, y como martillo que quebranta la piedra?**

**Por tanto, he aquí yo contra los profetas, dice Yahwé, que hurtan mis palabras cada uno de su más cercano.**

**He aquí yo contra los profetas, dice Yahwé, que endulzan sus lenguas y dicen: Él ha dicho.**

**He aquí yo contra los que profetizan sueños mentirosos, dice Yahwé, y contáronlos, e hicieron errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas; y yo no los envié ni los mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Yahwé. (Jeremías, 26-32.)**

# Moment Eucarístic

Misteri de fe, estupend.  
—¿On trobar digne retaule?  
Oh Crist, en el Sagrament  
no us veig, però us sé present  
—fugiu lluny, boires de faula—,  
tras el blanc vel de forment.

Sou aquí, Pa en sacra taula,  
per virtut de ma paraula  
que, encar que indigna, s'embaula  
amb el vostre ordenament:  
“Feis aixó en memòria meva”.

Puis sou l'AGNUS DEI *que lleva*  
les lletjures d'aquest món,  
guardau-me el sentit pregon  
del celibat —vida infon  
que fins als estels s'eleva—;  
que el mantengui viu, sens treva,  
sens minva de valentia  
—cor i ment, atents, hi són—  
mentre us mengi, Eucaristia.

¡Divina realitat,  
arrel d'immortalitat!  
Cercant en Vós llum i guia,  
amb el front ben acalat  
i, a terra genolls, postrat,  
jo us ador, Veritat única,  
com si besés vostra túnica.

B. GUASP, PR.

Palma de Mallorca, 1972.

AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXIII

## EL AÑO CRUCIAL: LA REVOLUCION RUSA

### Entre todas las catástrofes la mayor

En nuestro anterior artículo, número XXXII, ya hemos ponderado cómo, en este año, vértice y crucial al mismo tiempo, de nuestra entera Era, se registran nada menos que 6 grandes catástrofes, 6 cambios mundiales, que, cada uno de ellos, por sí solo, era suficiente para llevar al garete toda nuestra civilización, y amenazar lo poco que ya quedaba en su tiempo, de Cristiandad.

### La revolución rusa

Pero de todas ellas, que van a ser objeto de nuestro estudio de hoy, la mayor, la más enorme, la más espectacular también, la Revolución rusa.

No puede ser objeto, pues serían plenamente insuficientes —este solo tema ha llenado, no ya libros, sino bibliotecas—, de reseña en estas forzosamente cortas líneas.

Si no fuese que se trata de la Revolución máxima, o sea fruto y cúspide de todas, diríamos, una vez más, que es aleccionadora, pues en ella, se repite, cansina, la eterna táctica revolucionaria. Que una vez más se registró. Los animales jamás tropiezan dos veces en la misma piedra; pero los hombres, y, sobre todo, los pueblos, cometen y seguirán cometiendo siempre las mismas torpezas. Satán cuenta con ello, con la eterna tontería humana. Y esto no le ha fallado. Ni seguirá fallándole. La imbecilidad es su más seguro aliado, y, con todo fundamento, cuenta con ella.

Espliquemos el porqué de estas expresiones.

No vamos a extendernos aquí en las causas históricas y profundas de la Revolución rusa, porque sería repetirnos. Ya lo hicimos —gracias otra vez, paciente lector de estos tan largos estudios nuestros— en los artículos XII, XIII y XIV de esta serie. Allí procuramos sintetizar toda la tragedia de Rusia, del alma rusa —como tan bien se ha llamado— desde que los Cismas de Focio y Cerulario desgajaron el Oriente de la Iglesia católica, y abrieron el paso, en aquellos inmensos países —cuya capitania había de acabar, en definitiva, en Moscou— al Imperio del látigo, de la barbarie, y a la mezcla monstruosa, al co-

menzar el siglo xx, en el Estado de mayor extensión, del mundo, de todas las razas, de todos los subdesarrollos, improvisadamente inundados por una ola de ilustración, de liberalismo y de "intelligentsia". La masa estaba a punto para la fermentación.

Al entrar en guerra, aquel inmenso Imperio, está ya en forma más concreta y juzgando con mentalidad moderna, calificado exactamente, como sigue, por el conde Witte en sus Memorias, reciente aún el descalabro nipón (guerra ruso-japonesa 1904-1905), en su descomposición interna. Las clases elevadas habían perdido el juicio, y ya soñaban con una monarquía constitucional en un país aun asiático por así decir. Crecía una clase de industriales y de financieros, bien extraña a la índole del país, extraña burguesía. La juventud, los estudiantes, se impregnaban de todos los extremismos. Los "zemtsvos" mismo (que en nuestro artículo XIV señalábamos como una sana corriente corporativista agrícola) inclinaban hacia el anarquismo en el propio campo. Los obreros, pasaban miseria. El ejército, al regresar derrotado de Manchuria, ya manifestó, desde 1905, la indisciplina que le corroía.

La reacción zarista contra la Duma —que regía en 1914, o sea al comenzar la guerra—, que describimos asimismo en su día, no había servido más que de "parche" temporal, de freno dictatorial de sí efímero.

### Las causas inmediatas de la revolución

No es de extrañar, por lo tanto, que un Imperio minado y podrido en sus cimientos, no resistiese dos años y medio de una guerra en la que, en definitiva, no se habían cosechado sino derrotas.

El ejército alemán ya estaba en las puertas de Riga; amparado por la potente escuadra, efectuaba desembarcos en las costas del Báltico (Letonia, Estonia, etc., racialmente alemanas). Toda Polonia estaba invadida, y los germanos irrumpían igualmente en Ucrania, tras haber desbordado Rumanía. La única defensa de Rusia era la eterna: su enorme extensión territorial. Y la inagotable "carne de cañón" que de la misma extraía, para llevar al matadero.

Todo esto había acarreado la miseria y desorganización. Allá en las estepas, bien o mal, seguramente se seguía viviendo, o vegetando, y en su ignorancia, los mujiks en la parte europea, y los tártaros, mogoles y demás asiáticos en el inmenso Este turkestan y siberiano, permanecían en su esclavitud, y con su juventud arrebatada hacia un frente que defendía una patria tan sólo teórica y propagandística. Pero en las zonas industriales —una industria ya grande, pero también, a su modo, caótica— de San Peterburgo, Moscou o Kiew, los obreros, ya desde muchas décadas objeto de todas las propagandas subversivas, pasaban hambre.

Como hemos dicho, la masa estaba a punto para la fermentación.

### **Corte y nobleza corrompidas.**

#### **Torpes manejos de Francia y de Inglaterra**

La corrupción llegaba a todas partes. “Quos vult Jupiter perdere, dementat prius”. La nobleza, ya lo hemos explicado, comenzando por la Corte, la primera. La Administración, venal. El Ejército, en plena desmoralización. Todos aquellas grandes duques de la Belle Époque, que habían paseado sus vicios por Europa, se enfrentaban con una guerra y con un enemigo como Alemania que en su primitiva ligereza no habían valorado. Todo se derrumbaba.

No hay como los embusteros para creer las propias mentiras. La mentira, la calumnia contra los desgraciados zares (la zarina, en esta ocasión, “llamada la alemana”, fue exactamente lo que María Antonieta “la austríaca”, en la Revolución francesa), llegó a ser tan extendida, que los propios propaladores, finieron creyendo en ella —en su propia canallada— a pies juntillas.

El “bouc emissaire” que podía justificar las derrotas, ante el orgullo aliado franco-inglés, no podía ser sino “el zar débil” y la zarina “alemana y traidora”. Y Francia e Inglaterra fueron las primeras en promover la Revolución rusa. Así pagaron al pobre Nicolás II el que hubiese salvado a Francia, echando todas sus fuerzas contra Alemania, en el momento en que ésta acogotaba a Francia, haciendo posible la reacción de esta última en el Marne.

Además, para Inglaterra... ¿qué mejor? Al propio tiempo que la Gran Guerra finiría gloriosa y liquidaría a Alemania —el mayor gigante que se le había enfrentado jamás—, dejaría exhausta a Rusia, su eterna rival en Asia. El imperio del mundo quedaba, automáticamente —buen póker— en manos de Inglaterra.

Toda la diplomacia francesa e inglesa apoyó los

inicios de la Revolución; de otra parte, en su eterna tontería, se preveía optimistamente que tal Revolución había de ser moderada, y que echando del trono al “autócrata” Romanof, establecería una monarquía rusa, democrática y constitucional, lo suficientemente fuerte para seguir conteniendo la mitad del ejército alemán, siquiera apoyándose en sus inagotables fuentes de hombres y de espacio. Así paga el diablo a los que le sirven.

Todas las tan traídas y llevadas andanzas de Rasputín y de la Corte no son más que pura anécdota. María Antonieta tuvo su “Collar de la Reina”; la desgraciada Alejandra Feodorovna (nacida Alix de Hesse, con el pecado, por tanto, de ser alemana, bien que nieta de la reina Victoria de Inglaterra) tuvo su Rasputín. Todos los cuentos, o historias ciertas, que nos han llegado, y que la novela y el cine han repetido, consagradas por las propias repugnantes memorias del asesino príncipe Yussupof, no son más que la réplica, en nuestro siglo, de todas las fantasías que los folletínistas, los Dumas y compañía nos han trasladado acerca del cardenal de Rohan y demás comparsas de la lamentable corte del Versalles del XVIII. No tenemos espacio para detenernos en ellas. Importancia, sin embargo, sería pueril negar a todos estos episodios; ellos siempre son sangrientos y representativos, pues pintan —mentira o verdad— la triste realidad de un ambiente “chato en lo moral” como clamaría, tan acertadamente, Menéndez Pelayo.

Y huelgo decir que, según la propaganda aliada, tras Rasputín y la Zarina, nunca dejado de aparecer el inevitable “espón” alemán. Esto formaba parte del tinglado, de la bambalina. Pero de una bambalina trágica.

### **La eterna imbelicidad:**

#### **los revolucionarios moderados**

No decimos nada nuevo, pero es útil recordar —pues, como decíamos antes, esto, por tan sabido, se olvida y se olvidará siempre, y el diablo cuenta con ello, y no le falla—, es necesario patentizar que la trayectoria de las revoluciones es siempre la misma. Ésta, la rusa, la Revolución magna y coronación de todas, no podía diferir, en sus comienzos, en su incubación, y luego en su desarrollo, de la estrategia, y aun de la táctica, que tanto éxito tuvieron en la Revolución primera entre todas, la Revolución francesa.

Todos los escalones de ésta, se reprodujeron en la rusa.

En la Revolución francesa hallamos: 1.º La base primera: una descristianización. 2.º La Revolución

de los intelectuales, o sea la Enciclopedia. 3.º) La locura de la nobleza, y aun de la corte. Una aristocracia estúpida y enloquecida, y una parte de la familia real, los Orleans, sirviendo de mentecatos gongaloneros de toda subversión. Soñando con una Revolución moderada los unos, con una monarquía constitucional los otros, los ambiciosos de una nueva forma de poder. 4.º) La primera fase de la Revolución: los ingenuos, los únicos valientes (no hay por qué ocultarlo), infelices al fin, que sacan, en la calle, las castañas del fuego. Y que se personalizan en los girondinos, para precisar. 5.º) El último acto: el triunfo de los extremistas. Marat, Danton, Robespierre. Que mandan a todos a la guillotina. A la nobleza mentecata primero, a los príncipes que traicionaron al rey después. Y a los propios pueblos y girondinos que se habían batido, con valentía digna de mejor causa, en las calles, y les habían servido la Revolución en bandeja.

Estas 5 etapas se reproujeron exacta y matemáticamente en la Revolución rusa. Repetición parece. 1.º) La base primera: una descristianización. 2.º) La Revolución de los intelectuales. Toda la "intelligentsia" de los siglos XIX portadores de anarquismos y comunismo. 3.º) La locura de una nobleza podrida, de unos grandes duques traidores a su pobre zar, soñando, ellos también, con una monarquía tipo occidental donde medrar (?) mejor. 4.º) La primera fase de la Revolución rusa: llevada a cabo por un conjunto de infelices —heroicos, sin duda, a su manera, y dignos de mejor causa— obreros, soldados y marinos que se lanzaron, carne de ametralladora, a la calle. Derribando un trono y un Estado casi milenarios. Pero quedando, luego, anónimos. Tras ellos, los moderados. Kerenski. Y los mencheviques. 5.º) Y por fin la llegada, desde su tranquilo refugio de Suiza, de los extremistas, de Lenin y Trotzki. A éstos los anteriores, les entregaron la Revolución ya hecha, en zafata. Éstos, Lenin y Trotzki, los bolcheviques, no tuvieron más que recogerla, pagando a los anteriores anónimos artífices, los mencheviques... con el pelotón de ejecución.

Lección eterna para los mentecatos "revolucionarios moderados". Pero lección que jamás aprenderán.

### Historial de la revolución rusa

Repitamos que la falta de espacio nos impide extendernos en él. De otra parte harto conocido.

Sin saber cómo, todo se derrumbó un 7 de marzo. No negamos —¿no lo hemos proclamado siempre y acabamos de hacerlo?— la influencia de la conspiración y de las sectas. Pero, asimismo, no cabe negar

como sorprende contemplar estos terremotos de los pueblos, asistiendo a una ruina total e insospechada. Todo se vino abajo en breves días, mejor dicho, en breves horas. Provocado por un primer motín callejero en una cola del pan. O algo así, que importa poco si se inició en tal calle o en tal otra.

El día 11, tras la traición de los cosacos, pasados al pueblo, se registra la de la Duma, a la sazón simple cuerpo consultivo, y que, bajo su presidente Rodzianco, se sintió algo así como la Asamblea francesa en el juego de pelota.

Por el momento, repitémoslo, nada de extremistas propiamente dichos. La Duma —burguesía y aun nobleza—, y, a lo sumo, en el Palacio de Taurida unos primeros "soviets", carne de ametralladora como hemos dicho, obreros y soldados, pero desorientados. A lo sumo, mencheviques, enemigos de la Duma burguesa, pero aun a infinita distancia de la Revolución maximalista.

Ante las circunstancias, y en su vagón imperial, en una estación del frente, el zar abdicó a favor de su hijo, el pobre y enfermo Zarevitch, nombrando regente a su hermano, el gran duque Miguel. Esta regencia duró 24 horas solamente.

Bien o mal, en el deseo de detener la Revolución, y siempre con el apoyo —y lo que es peor, el apoyo entusiasta— de Francia y de Inglaterra que imaginaban haber llevado su maniobra genial en Rusia, se formó un gobierno semiconservador: el del príncipe Lvov, entrando en él la siniestra y repulsiva figura —el Judas de la política— de Kerenski. Y comienza el caos. Es de señalar en él, tan sólo, la persona del general Kornilov, con su primer intento, bien intencionado y fracasado, de dictadura reaccionaria.

### La fase extremista

Hemos sido duros, y lo sabemos, contra Francia e Inglaterra, cuyo maldito patriotismo egoísta encendió a Europa, abusó de todo en aras a su imperialismo, y abrió el camino al bolchevismo y a la destrucción de la Cristiandad. Mas ello no nos ha llevado jamás a loar a Alemania, aparte de cuando de sus virtudes castrenses se ha tratado, y del fondo de razón en sus reivindicaciones. Y aquí Alemania, llevada asimismo por su nefando patriotismo "Deutschland über Alles", que ya le había llevado al crimen de invadir Bélgica, comete el de abrir la puerta al bolchevismo.

Con todo maquiavelismo, Alemania facilitó y fomentó el paso por su país —el famoso y casi novelesco, pues mucho se ha exagerado— del "vagón

sellado”, en el que transportó a los bolcheviques maximalistas, capitaneados por los Lenin y Trotzki, a Rusia, vía Suecia y Finlandia, con el “caritativo” propósito de asestar el golpe de gracia a su enemiga. En este caso, con una especie de “guerra microbiana”, o sea inyectándola el virus de la Revolución, facilitando el paso a los venenosos microbios, a Lenin principalmente, con el que contaban, y no sin razón, para acabar de arrojar al desaparecido Imperio moscovita en el caos.

En mayo y junio de 1917 comeinzan sus propa-gandas los maximalistas. Por el momento, Lenin hubo de refugiarse, de nuevo, en Finlandia, pero por breve tiempo. Su retorno ya fue triunfal, y, en octubre de 1917, tiene lugar la Revolución definitiva, la última etapa: la victoria del bolchevismo, barriendo, como era de suponer, a Kerenski —en realidad, traidor vendido— y a los “moderados”.

La Revolución rusa fue, en definitiva, la de octubre.

### La gran Bestia

Y esta Revolución fue, ya, y lo ha sido, irrever-sible.

Ésta no sería, como lo fue la francesa —quizá, si se quiere, más profunda aun, por ser la primera —ca-paz de volver a vestirse de frac, de levita o de som-brero de copa. Ésta ya, y en su forma exterior in-cluso, es la Revolución monstruosa, la de la Bestia apocalíptica. Y que no ha cedido en un ápice. Es el mundo, el torpe mundo, el que constantemente quiere creer, y tontamente espera, que no sea tan fiero el león como lo pintan. Mas la realidad está aquí.

Durante unos años, luchando contra sí misma, la Revolución rusa pareció aislada. Pero ya todos los ensayos, tan heroicos y bienintencionados como tor-pes, de los “blancos” (los Wrangel, los Koltchak, etc.) estuvieron condenados al fracaso. Y la gran subver-sión fue encarnándose y personificándose precisamen-te en el llamémosle país o Estado —como se quiera— de mayor extensión del mundo. Hasta que, tan sólo tres décadas más tarde, había de contagiar a su ve-cina China. Con ello hemos llegado al mundo actual, en el que cerca de la mitad de la población del mismo es comunista.

1917. El triunfo de la gran Bestia. ¿No bastaría esto para consagrarle Año vértice de la Historia de nuestra Era?

LUIS CREUS VIDAL

## S U M A R I O

RADIOMENSAJE DE S.S. PAULO VI AL CONGRESO EUCARÍSTICO DE VALENCIA.

CORAZÓN MODELO, Roberto Cayuela, S. I.

GLORIA A MARÍA; HIJA DEL PADRE — MARÍA, HIJA DEL PADRE ETERNO, Antonio Pacios, M. S. O.

LA EUCARISTÍA SIGNO DE UNIDAD Y DE PAZ, Paulo VI.

MOMENT EUCARÍSTIC, B. Guasp, Pvr.

AL MEDIO SIGLO — EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA — EL AÑO CRUCIAL; LA REVOLUCIÓN RUSA — XXXII, Luis Creus Vidal.

LA CLAVE DE UNA VIDA FECUNDA, R. C., S. I.

“YO SOY EL BUEN PASTOR” — YO SOY LA PUERTA DE LAS OVEJAS, Severiano del Páramo, S. I.

LA LEY DE EDUCACIÓN Y EL EVOLUCIONISMO, Julián Gil de Sagredo.

LA COEDUCACIÓN, Pío XI.



Año XXVII - NUMERO 496  
BARCELONA  
JUNIO 1972

Depósito legal: B. 15860 - 1958

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)  
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

# LA CLAVE DE UNA VIDA FECUNDA

El P. Jorge Schurhammer, S. I., murió en Roma, en la Casa de Escritores de la Compañía de Jesús, el 2 de noviembre de 1971, Día de la Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos.

Había nacido en Glottertal (Selva Negra - Alemania) el 25 de septiembre de 1882. Entró en la Compañía de Jesús en 1903; y pasó cuatro años de su formación en la India. Ordenado de sacerdote y concluidos sus estudios, fue redactor, durante los años 1917 a 1932, de la revista "Katholische Missionen".

El año 1932 fue adscrito al Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, en Roma; pero ya antes se había dedicado con infatigable tesón a lo que desde joven había sido como su especial vocación y el ideal científico-religioso de su vida: investigar acerca de la vida y el tiempo de San Francisco Javier, el gran Misionero de la Iglesia Católica, el Patrono de todas las Misiones.

El primer volumen de la que había de ser la biografía monumental de San Javier apareció en 1955. La primera parte del segundo volumen fue publicada en Friburgo, durante los últimos meses de la vida del P. Schurhammer. Y pocas semanas antes de morir, pudo dar la última mano al manuscrito del tercero y último volumen de su gigantesca obra. En ella dejó como un magnífico monumento de investigación científica, al mismo tiempo que como prueba de su fe, de su piedad y de su ardiente devoción al Santo Misionero.

Además de investigador y biógrafo de San Francisco Javier, fue el P. Schurhammer uno de los grandes historiadores de la India y del lejano Oriente en el siglo XVI, pues su intento había sido no sólo reseñar científicamente la vida santa y maravillosa del gran Apóstol de la India y del Japón, sino también, y para encuadrar mejor su vida, estudiar su tiempo y las regiones de su evangelización. La producción bibliográfica del eminente investigador comprende más de trescientos títulos, varios de los cuales corresponden a obras de valor histórico fundamental; por ejemplo, las tan apreciadas obras en alemán, "El problema del lenguaje eclesiástico en las Misiones de los Jesuitas en el Japón, durante los siglos 16 y 17"; y "Fuentes contemporáneas a Javier, 1538-1552, para la Historia del Asia portuguesa y de los países vecinos".

La fecunda actividad científica del P. Schurhammer ha tenido su recompensa y reconocimiento oficial por parte de Portugal y de la República Federal Alemana; y la han encomiado con supremas alabanzas los más eminentes orientistas y otros historiadores de merecida fama.

El día 4 de noviembre de 1971, a los dos días de la santa muerte del gran misionólogo y el mejor javierólogo, se celebraron en la Capilla pública de la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús, en Roma, los funerales por el eterno descanso del alma del santo y sabio religioso.

Después de la lectura del Evangelio, el P. Ernesto Joseph Burrus, del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, pronunció en italiano una emocionada homilía, como expresión de amor y de reconocimiento a la vida ejemplar y a la obra científica del P. Schurhammer.

Comenzó diciendo: "En esta breve homilía, no es intención de quien os habla el extenderse tratando de la larga y fecunda carrera de un eminente hombre de ciencia; sino más bien hacer con vosotros una pausa de reflexión sobre su espíritu de oración y su vida de Misionero y Sacerdote del Señor".

Tras de reseñar las principales etapas de su vida, pero a esa luz espiritual, que fue su característica; y al llegar al año 1932, en que fue llamado de nuevo por el P. Ledóchowski, prosiguió así: "Esta vez, para quedarse en Roma, y dedicarse enteramente a la composición de una Vida científica de San Francisco Javier. Ya antes había publicado, del Santo, varias biografías de vulgarización, que habían tenido mucho éxito y habían sido traducidas a varias lenguas. Pero sentía la necesidad de redactar un informe monumental de la actividad del Santo, que permitiera a cualquier lector darse cuenta de la ayuda inicial dada por el Cristianismo al mundo asiático. El P. Schurhammer dedicó el resto de sus días a esta tarea sobrehumana".

A continuación, el resumido proceso de la elaboración de la gran obra, hasta el final de ella, que también fue el final de la vida del egregio autor. Se declaró su última enfermedad el 13 de julio de 1971. "Cuando el médico le anunció que la dolencia había llegado a una fase crítica, y que no había esperanza



de una mejoría, el querido enfermo recibió la noticia con una calma soberana, que le consintió todavía, en plena lucidez y haciendo uso de su férrea voluntad, dar la última mano a las últimas páginas de su gran obra: la muerte de San Francisco Javier”.

Y aquí llegó la preciosa homilía a su punto culminante; pues siguió así:

“Esta es, en pocas palabras y a grandes rasgos, la carrera de un jesuita antiguo, concluida, como lo habíamos previsto cuantos convivíamos con él, con el rigor de un teorema. Nuestra época agitada no le había turbado en absoluto porque en él había otras parámetros que salvaguardaban su tranquilidad interior, y el ánimo con que hasta el final cumplió el deber de un jesuita: la oración. Sí; la oración fue la *clave* de su vida.

”No solamente dedicó mucho tiempo a conversar con Dios, sino que durante toda su vida se esforzó en conocer cada vez mejor a Dios y su divina revelación, para amarle más y cumplir más fiel y generosamente su santa voluntad.

”Cada día se levantaba a las tres y media. De cuatro a cinco hacía su oración mental. Después de rezar una parte del Breviario, celebraba, a las cinco y media, la Santa Misa. En Navidad, las Misas eran tres, lo mismo que el día 2 de noviembre, en sufragio de los difuntos. La primera vez que no lo pudo hacer fue el 2 de noviembre de 1971, cuando a las tres de la tarde el Señor le llamó a Sí.

”Para el P. Schurhammer, la oración no fue jamás una carga; todo lo contrario, pues para él, y a la luz de su fe sencilla, la oración era siempre una dulce conversación con el Señor, y que él consiguió mediante la práctica de las austeras consignas de Cristo; me refiero al espíritu de penitencia, que para Schurhammer no fue nunca una moda del pasado.

”La oración era su medio más apropiado para ayudar a los prójimos, sobre todo a los misioneros. Por motivos de salud, tuvo que renunciar a participar activamente en el campo misional; pero en su corazón siguió siempre siendo misionero, ya fuese escribiendo en la revista «Katholische Missionen», ya dedicándose con alma y vida a su santo predilecto, o ayudando a cuantos se interesaban por las Misiones o su historia.

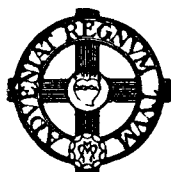
”Pensó que, como sacerdote, podía parecerse más al Maestro y ayudar mejor a los prójimos. Para él, ser sacerdote era ser «otro Cristo»: predicador y cumplidor de la divina palabra. Como sacerdote, continuó el sacrificio iniciado por Cristo, para aplicar los méritos de él a los hombres, que tanto lo necesitan. Nunca dudó de la grandeza de su sacerdocio, el cual llenó los 57 años más fecundos de su vida.

”Sus trabajos científicos le valieron, como no podía ser menos, notables premios y recompensas... Pero la verdadera recompensa ha sido —como firmemente creemos y esperamos— el cumplimiento de la promesa: «A tus fieles, Señor, no se les quita la vida, sino que se les transforma; y mientras se destruye la morada de este destierro temporal, se les prepara una mansión eterna en el cielo».”

Las anteriores páginas contienen para todos una gran lección y un gran ejemplo; también para no pocos, mayormente sacerdotes y religiosos de nuestros días, un serio aviso y un punzante pero saludable reproche...

Los queridos lectores de CRISTIANDAD, que por dicha suya tienen en gran aprecio el valor de la oración y la eficacia del “Apostolado de la Oración”, se habrán confirmado en sus convicciones, al conocer esta *clave* de una vida tan fecunda, y precisamente de un hombre de acción, de un eminente científico.

R. C. S. I.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION J U L I O

**GENERAL.** — Que nos abramos para acoger al Espíritu Santo que nos impulsa a amar a Dios Padre y al mundo y a los hombres en Él.

**MISIONAL.** — Que los neófitos sigan con prontitud los impulsos del Espíritu Santo para la propagación del Reino de Dios entre los gentiles.

# YO SOY EL BUEN PASTOR

(Jn. 10, 11-14)

La figura del pastor tiene un lugar muy destacado en la Biblia. Es natural tratándose del pueblo israelita eminentemente agrícola, habitante en un país donde desde los tiempos más remotos sus habitantes han vivido del pastoreo. Como en las literaturas clásicas, también en los Libros sagrados la palabra pastor tiene a veces un sentido metafórico, para significar el oficio de gobernar a los pueblos. Pastores de pueblos llama Homero a los reyes.

En el Antiguo Testamento Dios se nos describe como pastor supremo, que guía a su pueblo y reprende y castiga sus infidelidades y las de sus gobernantes. Los salmistas invocan a Dios como a pastor suyo: *¡Oh pastor de Israel! escucha tú, que guías a José como a un rebaño (79, 2). Él es nuestro Dios y nosotros el pueblo que él apacienta y las ovejas confiadas a sus cuidados (94, 7).*

El profeta Ezequiel nos ofrece un cuadro rico en detalles de la solicitud con que Dios, pastor supremo, se levanta en defensa de sus ovejas, contra aquellos pastores, que las abandonan, mirando por sí mismos, no por el rebaño. Él las reúne, las protege contra las incursiones de las bestias feroces, las guía a pastizales nutritivos, las cura sus heridas. El profeta termina anunciando la llegada de un Pastor excelente, que Dios enviará a su nuevo pueblo (34, 1-11).

De la misma promesa se hace también eco Jeremías: *He aquí que vendrán días, oráculo del Señor, y yo suscitaré a David un vástago justo, que reinará como rey y procederá como sabio y ejercerá derecho y justicia en la tierra (23, 5).* Dios dará a David, como padre de la dinastía regia, un descendiente santo, a quien describe el profeta como pastor, rey, gobernante sabio, juez absoluto, en una palabra, el



Mesías prometido tal como se describe en los Salmos y en numerosos pasajes de los profetas.

Se le atribuyen propiedades de pastor excepcional. Es el propietario de sus ovejas, las conoce una por una, las hace pasar bajo su cayado para reconectarlas y decidir su suerte: *Os haré pasar bajo el cayado* (20, 37). *Juzgaré entre ovejas y ovejas y entre carneros y machos cabríos* (34, 17). Según Isaías, las tratará con gran cariño: *Como pastor apacentará su rebaño, lo cogerá en sus brazos, llevará los corderillos en su seno y a las madres las conducirá al descanso* (40, 11). *Me hace reposar en medio de exuberantes pastos, me conduce a los manantiales donde descansan* (22, 1-2).

Al presentarse Cristo a sí mismo como pastor, no cualquiera, sino el bueno por excelencia, el amable y de corazón manso y humilde (Mt. 11, 29), alude a estas profecías. Ya al comenzar su vida pública dio muestras de lo que sentía su corazón de pastor amante, como advierte San Mateo: *Al ver a las turbas, sintió compasión de ellas, porque estaban esquilgadas, como ovejas que no tienen pastor* (9, 36). En la parábola de la oveja perdida (Lc. 15, 1-7), hace resaltar el Evangelista los desvelos de Cristo por su rebaño, que se manifiestan en el sentimiento por la pérdida de una oveja descarriada, en el trabajo en buscarla y en la alegría intensa de dar con ella y devolverla al redil. El parecido con el pasaje de Isaías 40, 11, es manifiesto.

En la parábola del buen Pastor (Jn. 10, 11-18), el mismo Cristo señala las diferencias entre el buen

pastor y el mercenario y las relaciones estrechas entre él y sus ovejas. Las conoce, las llama por su nombre, ellas le conocen y le siguen, las guía a los mejores pastos, las defiende exponiendo y aun dando su vida por ellas. Por el contrario el pastor mercenario, que tiene encomendadas a su cuidado ovejas, que no son suyas, no siente por ellas amor e interés y ante la incursión de un enemigo, huye y las abandona.

Cristo llamó a aquel reducido número de discípulos que le seguían en los comienzos de su predicación, *pequeño rebaño* (Lc. 12, 32). Era como el embrión del reino de Dios, que venía a establecer fundando su Iglesia. Así lo entendió. San Pedro cuando exhorta a los presbíteros a que apacienten la grey de Dios que les ha encomendado el Pastor Supremo (Ip. 5, 2-4). Lo mismo recomendaba San Pedro a los presbíteros que convocó en Éfeso: *Mirad por vosotros mismos y por todo el rebaño en el que el Espíritu Santo os puso por rectores para apacentar la Iglesia de Dios, que ganó con la sangre del Unigénito* (Act. 20, 28). Y en la carta a los Hebreos recomendaba a sus lectores: *Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas* (13, 17). Poco antes había dicho: *Acordaos de vuestros pastores, los que os han hablado la palabra de Dios; contemplad el final de su conducta e imitad su fe*. Alude al martirio con que muchos de los primeros predicadores del Evangelio sellaron su vida a imitación del Pastor bueno que dio la suya por sus ovejas.

## YO SOY LA PUERTA DE LAS OVEJAS (Jn. 10, 7)

Las circunstancias en que coloca San Juan esta esta imagen y la del buen Pastor, ayudan a penetrar mejor su sentido. Cristo había curado a un ciego de nacimiento, quien salió valientemente en defensa de su bienhechor, ante el tribunal de los escribas y fariseos. Estos, irritados por la firmeza y expresiones intrépidas del ciego curado, le expulsan de la sinagoga. Cristo no abandona a aquella oveja rechazada por los pastores de Israel, sino que la busca, la consuela y la recibe en su rebaño, concediéndola la salud espiritual por la fe. *Creo, Señor*, dijo el ciego curado, *y se hincó de rodillas ante él* (v. 32). Cristo se queja de la ceguera culpable de los fariseos y pasa a describirse a sí mismo como la puerta del redil que formará su Iglesia y como Pastor bueno en contraposición a los que figuraban como guías del

pueblo y eran pastores mercenarios, que explotaban y abandonaban a su rebaño.

Precede a las dos imágenes una breve pintura de la vida pastoril tal como se desarrollaba en los pueblos agrícolas de Palestina. En pleno campo se levantaban apriscos para recoger en ellos por la noche a los ganados. Se cerraban con un muro de toscas piedras o una empalizada de maderas dejando entrada por una sola puerta. Al aproximarse la noche, pastores de distintos ganados los iban recogiendo en el aprisco. Uno quedaba de vigilante ante la entrada. Si alguno intentase robar, no osaría acercarse a la puerta, que sabía estar bien vigilada, sino que saltaría por el muro o empalizada. Por el contrario, el que es pastor, bien conocido por el portero, penetrará confiadamente por la puerta para recoger por la

mañana su ganado, caminar delante de él y guiarle a buenos pastizales.

Cristo se aplica a sí mismo esta imagen afirmando que él es la puerta de entrada para el redil, que evidentemente es su Iglesia. Es ante todo puerta por la que tienen acceso a las ovejas sus legítimos pastores, que se distinguen de los falsos en que han recibido este oficio del mismo Dios, o de su representante en la tierra. Es también puerta para las mismas ovejas, ya que nadie entra a formar parte de este rebaño, sino es por la fe en Cristo. Entrando por esta puerta se encontrarán seguras, defendidas por el mismo Cristo. Él las cuida y guía como Pastor Supremo. Pero después de su Ascensión a los cielos, ha dejado en la tierra otros pastores, llamados a hacer sus veces. Son los que estableció ya al investir a San Pedro de la autoridad suprema para apacentar a su rebaño. *Apacienta mis ovejas* (Jn. 21, 17). La misión de gobernar como pastor supremo al pueblo de Dios, la reciben. San Pedro y sus Sucesores del mismo Cristo, quien les comunica poder para transmitir a otros, como pastores subordinados, la facultad de gobernar parcelas de su Iglesia.

Así lo entendió San Pedro cuando escribía: *Apacientad la grey de Dios, encomendada a vosotros, vigilando no por coacción, sino de buen grado, según Dios, no por vil interés, sino de corazón... Y cuando aparezca el Pastor Supremo, conseguiréis la corona inmarcesible de la gloria* (Ip. 5, 2-4). Lo mismo supone San Pablo al aludir en su carta a los Efesios a los que Cristo eligió como *pastores y doctores de su Iglesia* (4, 11).

Siempre ha habido falsos y subrepticios pastores, que se arrogan una autoridad, que nadie les ha dado y con el nombre de pastores y maestros dispersan a las ovejas de Cristo, proponiendo doctrinas distintas de las que Cristo enseñó por sí mismo, por sus Apóstoles y primeros discípulos y ahora enseña por medio de su Vicario y los legítimos pastores de su Igle-

sia. A ellos aludió el Señor cuando dijo: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestido de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces* (Mt. 7, 15). Éstos no entran por la puerta del redil, sino que le asaltan como ladrones y salteadores. De ellos había dicho San Pablo: *Yo sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos crueles, que no perdonarán al rebaño* (Act. 20, 29).

Entre los pastores mercenarios hay que contar a aquellos de quienes escribía el profeta Ezequiel: *No habéis robustecido a las ovejas flacas, ni curado a la enferma, ni vendado a la herida, ni hecho volver a la descarriada, ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con la fuerza y la dureza* (34, 4). Tales eran los escribas y fariseos, de quienes dijo el Señor: *En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan, pero no obréis como ellos, porque hablan y no hacen* (Mt. 23, 2-3).

Buenos pastores son los que investidos de legítima autoridad, la ejercitan en favor de sus ovejas, imitando al Supremo Pastor, sacrificándose por el bien de su rebaño, dispuestos a dar por él su propia vida. Se cumplirá en ellos lo que predijo Jeremías: *Os daré pastores según mi corazón y os apacentarán con ciencia y prudencia* (3, 15). Es decir: serán pastores auténticos, que apacentarán al pueblo de Dios con la ciencia divina y la prudencia que pide todo ejercicio de la autoridad. Así quería San Pablo que fuese su discípulo Timoteo: *Tú sé en todo discreto, cumple perfectamente con tu ministerio* (2 Ti 4, 5). Y a Tito le recomienda que escoja para pastores de las Iglesias a *hombres de bien, justos, santos, dueños de sí, aferrados a la palabra digna de fe, para que sean capaces de exhortar a la sana enseñanza y convencer a los contradictores* (1, 8-9). En una palabra que entren a regir a sus ovejas por la puerta única, que es Cristo, siguiendo en todo su ejemplo y sus enseñanzas.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas



# LA LEY DE EDUCACION Y EL EVOLUCIONISMO

JULIÁN GIL DE SAGREDO

La Ley de Educación se inspira en el Principio de Evolucionismo, Principio consagrado por la Tecnocracia como base de su propia Ideología.

El Evolucionismo no significa evolución o cambio con relación a una meta, de tal manera que los objetivos perseguidos sean extrínsecos al proceso evolucionista y constituyan un fin superior, punto de destino y de reposo. Por el contrario, la evolución, cambio o DESARROLLO adquiere categoría de Postulado Supremo: el desarrollo se justifica por el desarrollo, el cambio por el cambio, como fin de sí mismo.

El Evolucionismo tampoco significa "cambio de lo accidental permaneciendo la sustancia", sino cambio total, absoluto y continuo de sustancia y accidentes: la Tecnocracia mantiene contra viento y marea esa afirmación a modo de "axioma", a pesar de su contradicción intrínseca. *En efecto:* a) El concepto mismo de "cambio" implica un sujeto sobre el que se efectúa la mutación, es decir, algo que no cambia. b) Si todo cambia, faltaría el punto de

referencia que acreditase el cambio, porque en tanto podemos apreciar la mutación en cuanto podamos referirla a algo que no cambia.

El Evolucionismo, por último, es constante y continuo, no tiene pausa ni descanso, porque si reposara un instante, dejaría de concebirse su esencia como "cambio".

Ese Principio tecnocrático del Evolucionismo, contradictorio en sí mismo, sin origen ni fin, sin más explicación que "el desarrollo por el desarrollo", es el que inspira y regula la Ley General de Educación.

Las consecuencias serán forzosamente desastrosas:

*Porque* elimina los valores morales en que se basa la educación, precisamente por ser inalterables, no sujetos a cambio.

*Porque* extirpa todo Principio fijo y estable educacional, sin cuyo fundamento la educación resulta imposible.

*Porque* priva a la educación de toda finalidad trascendente, convirtiéndola en fin de sí misma.

*Porque*, al reducir la educación al desarrollo "en ritmo constan-

te y permanente de cambio", el hombre nunca estará educado, será siempre una pieza en desarrollo.

*Porque* confunde la perfección de los principios morales de la educación, que en sí mismos son perfectos e inalterables y cuyo conocimiento y asimilación es posible y deseable en el alumno, con la perfección de la conducta y comportamiento del hombre, que no es plenamente posible, y deduce de la imperfección del "obrar" la imperfección de los principios, deducción ilógica y absurda.

*En resumen:* El Evolucionismo aplicado a la educación desemboca en el materialismo: la educación "evolucionista" es esencialmente atea: su concepción es de raíz marxista, y se reduce a la planificación o desarrollo de la dialéctica marxista.

La Ley de Educación, inspirada en el Principio del Evolucionismo, concluirá por eliminar en los españoles las ideas fijas e inmovibles de Dios, Religión, Moral, creencias, Fe Católica, sembrar en ellos el sentido materialista de la vida, hacerlos "evolucionados y revolucionados" sobre el eje de la dialéctica marxista.

*Lo veremos a continuación:*

PRIMERO. — En la introducción al Libro Blanco se formula un "clima de cambio" y se dice:

1) "Todas las ideas y todos los hechos están sometidos a revisión, a análisis crítico, a nuevos planteamientos."

*Nota.* — Por tanto, también Dios, la Fe, el Dogma, la Moral.

2) "No escapan a este revisionismo universal ni los sistemas educacionales, ni las ideas sociológicas, económicas o políticas, ni la misma aplicación de los principios éticos o religiosos."

*Nota.* — Los principios éticos o religiosos, inalterables en sí mismos, implican una aplicación individual en cada caso concreto y, por tanto, distinta. La afirmación del Libro Blanco, por consiguiente, o no dice nada nuevo, o dice demasiado, entendiéndose por “aplicación de los Principios”, “interpretación” distinta de los Principios en puntos sustanciales, lo cual sería heterodoxo.

3) “Esta nueva política educativa comportará en el futuro una reforma integral de la sociedad y de sus viejas estructuras, al modo de una revolución silente y pacífica, que será, sin embargo, tremendamente más eficaz y profunda que cualquiera otra.”

*Nota.* — Hay que destruir, por tanto, los cimientos cristianos, que son las viejas estructuras de la sociedad.

Hay que destruir también los cimientos políticos que integra a la sociedad española, puesto que la reforma debe ser integral.

Los objetivos no pueden estar más claros: la revolución desde los mismos cimientos; es la consecuencia del “Evolucionismo” como cambio integral de accidentes y sustancia, pleno, total, absorbente, totalitario.

4) “La raíz de los males de la educación está en el sentido dogmático de la enseñanza.”

*Nota.* — Ahora todo hay que ponerlo en duda, envolverlo en el signo de la interrogación, tanto en la esfera ideológica como en la práctica.

5) “La incesante búsqueda de la verdad es lo único que cuenta.”

*Nota.* — No cuenta el conseguir la verdad, sino el buscarla.

La verdad no consiste en encontrarla, sino en buscarla. Como todos buscan la verdad, todos tie-

nen la verdad, aunque mantengan doctrinas e ideas opuestas entre sí.

Como la verdad nunca se encuentra y sólo consiste en buscarla, todos la poseen.

La verdad entonces no es objetiva ni existe fuera de nosotros, sino que es nuestra búsqueda, nosotros mismos en cuanto pensamos, aunque los pensamientos de unos y otros sean entre sí opuestos y contradictorios.

La afirmación ministerial es un prodigio de lógica y de sensatez.

6) “La educación pertenece al futuro tanto o más que al presente.”

*Nota.* — La educación nunca existirá, puesto que es patrimonio del futuro, y futuro siempre habrá.

7) “La ambición del Gobierno es hacer del propio proceso educativo un sistema continuo y una educación permanente a lo largo de la vida.”

*Nota.* — La continuidad incesante es una de las notas que ya anticipé del Evolucionismo. Aquí se confunde la “cultura” susceptible de perfección con la “educación” fija en sus principios; según eso, lo que se desea es que los españoles nunca acaben de tener una buena educación, ya que la educación consiste en el cambio constante.

8) “La reforma educativa, in-sisto una vez más, es en efecto, una revolución pacífica y silenciosa, pero la más eficaz y profunda para conseguir una sociedad más justa y una vida cada vez más humana.”

*Nota.* — No nos engañen las palabras: sociedad justa es para los tecnócratas sociedad desarrollada; no se refiere al orden moral, sino al orden económico, humanista y

hominista, que centra en el hombre la razón de ser de la justicia.

SEGUNDO. — El Libro Blanco, ampliando las ideas “evolucionistas”, establece como una de las bases de la política educativa, páginas 203 y 205, la continuidad evolutiva del proceso educativo, al cual hay que aplicar el progreso técnico.

*Nota.* — Aplica la técnica y su cambio constante a la educación, con lo cual extirpa los valores permanentes de la misma.

Fijaos también en la ideología y terminología del Libro Blanco, expresada en las siguientes y significativas frases:

a) “Una crisis profunda anuncia el nacimiento de una nueva sociedad.” (Pasó la era del Cristianismo; se acerca la era de la Tecnocracia.)

b) “El sistema de valores que ha regulado la forma de vida hasta ahora está sometido a un amplio proceso de revisión.”

*Nota.* — Lo que antes era bueno, ahora es malo, y lo que antes era malo, ahora es bueno.

c) “Las ideologías y las estructuras sociales están en tela de juicio y experimentan cambios aún inseguros.”

*Nota.* — La ideología católica sobre Dios, el hombre, la vida y el fin de las cosas, también está en tela de juicio.

e) El fin del sistema educativo es hacer evolucionar la cultura al compás de la evolución económica, pág. 206.

*Nota.* — La jerarquía de valores invertida: la cultura para la economía, no la economía para la cultura.

f) “Será establecido un sistema eficaz de revisión y actualiza-

ción permanente de planes y programas de estudios”, pág. 214.

*Nota.* — *Suponemos que ese sistema de actualización también será revisado para ser consecuentes con el postulado de “cambio constante” evolucionista.*

g) “La energía formativa de los planes determinará el que debe seguirse en cada momento”, página 218.

*Nota.* — *La “energía”, factor material, tiene cualidades intelectuales y volitivas, puesto que “forma” a la persona humana.*

*La formación del alumno no depende de las condiciones humanas del maestro, sino de los planes en constante evolución y actualización.*

TERCERO. — *Exposición de motivos de la ley de Educación.*

1) “La educación es una permanente tarea inacabada.”

*Nota.* — *Los españoles, por tanto, nunca acabarán de estar educados: tampoco los legisladores. ¿Cómo entonces sin estar plenamente educados saben lo que es la educación?*

*Como la educación es una tarea inacabada, será lógico pensar que la Ley de Educación es también imperfecta e inacabada.*

2) “El espíritu de la Ley excluye un cuerpo de dogmas pedagógicos reconocidos y la imposición autoritaria de un determinado tipo de criterios.”

*Nota.* — *Con el término peyorativo “dogmas” e “imposición de criterios”, el preámbulo elimina como base de la educación todos los principios que por su naturaleza son fijos e inalterables. Es la prueba del evolucionismo en el espíritu de la ley y por confesión del legislador.*

3) “Subordinación al éxito de la obra educativa.”

*Nota.* — *Pero como esa obra no tiene fin, porque es “inacabada”, según dijo antes, nunca se conocerá el éxito o el fracaso.*

4) “Los dedicados a la educación han de tener el ánimo abierto al ensayo, a la reforma y a la colaboración, venga de donde viniere.”

*Nota.* — *Cabe también aceptar el ensayo, la reforma y la colaboración marxista.*

5) “Hay que llevar a los centros docentes nuevas iniciativas sin el obstáculo de una falsa tradición.”

6) “Amplia gama de posibilidades de educación permanente”, “la dinámica de la evolución económica y social del país”, “la revisión del contenido de la educación”, donde apunta al cambio de las bases morales de la misma, y por último, “el éxito de la reforma exige una mentalidad nueva e ilusionada”, que sustituya la Fe Católica, base de nuestra concepción del hombre, del mundo y de la vida, por la Fe en el Humanismo laico, materialista y ateo.

CUARTO. — *La Ley de Educación.*

*El art. 1 confiere a la educación como fin el “desarrollo” social, cultural y económico de la persona, del país y de la Humanidad, de tal manera que el desarrollo de la persona se orienta al desarrollo del país y el desarrollo del país al desarrollo de la Humanidad. La sociedad universal y su desarrollo es el fin de la educación y de la persona. Se eleva en este artículo el evolucionismo a principio de la Ley de Educación, con lo cual se coloca como norma y guía de la juventud española en*

su formación el materialismo laico y ateo.

*El art. 9 establece “la educación permanente”, confundiendo conscientemente la educación con la cultura y sustrayendo a la educación sus bases morales no susceptibles de evolución permanente; formula la adecuación del contenido educativo con la evolución psicobiológica del alumno, con lo cual se priva a la educación de un fundamento fijo, haciéndola subjetiva y variable a tenor de esa evolución que además no se basa en elementos intelectuales y volitivos, sino en elementos psíquicos exclusivamente.*

*Establece sistema de revisión y actualización periódica de planes y programas de estudios, con lo cual el gravísimo mal de la enseñanza española, que viene padeciendo desde el siglo pasado, consistente en la alteración y cambio constante de planes y sistemas de estudio, se eleva nada menos que a principio de la Ley Educacional.*

*El art. 27 concibe la acción docente no como enseñanza, según indica el término, sino como dirección de aprendizaje.*

QUINTO. — *Disposiciones posteriores.*

1. *Decreto de 22-VIII-70.* — “La educación es en sí misma y lo será siempre una tarea inacabada.”

“La Reglamentación necesaria para desarrollar la ley será elaborada con ese espíritu” de evolucionismo. “Las posibilidades de evolución son por naturaleza consustanciales al estilo de la reforma educativa actual.” Nueva consagración del principio evolucionista.

2. *Otro Decreto de 22-VIII-70 en relación con la Orden de 30-IX-70.* — “El sistema pedagógico

*debe estar intrínsecamente abierto al cambio.*"

"La experimentación debe ser concebida como una pieza esencial del sistema educativo." Los alumnos están predestinados a ser siempre "conejito de indias".

"El Decreto, *consecuente con el evolucionismo experimental*, y partiendo de los Institutos de Ciencias de la Educación (máquinas elaboradoras de la nueva mentali-

dad), monta centros pilotos, centros experimentales y centros de régimen ordinario."

3. *Orden de 30-IX-70.* — Establece el C. O. U. con *carácter experimental* como garantía del proceso de reforma educativa.

4. *Orden de 2-XII-70.* — De acuerdo con el sistema de revisión preconizado en el art. 9,3 de la ley, establece un *programa experimental* para niños.

## CONCLUSIÓN

A la vista de los textos legales aducidos y de la introducción al Libro Blanco y del contenido de ese mismo Libro, creemos que no hay duda: el evolucionismo ateo y materialista trata de imponerse como principio en la educación española, con el fin de cambiar nuestra mentalidad católica.

(de la revista *¿Qué pasa?*  
29 abril 1972)

## COEDUCACIÓN

Igualmente erróneo y pernicioso a la educación cristiana es el método llamado de la *coeducación* fundado también según muchos en el naturalismo negador del pecado original, y, además, según todos los sostenedores de este método en una deplorable confusión de ideas que trueca la legítima convivencia humana en una promiscuidad e igualdad niveladora. El Creador ha ordenado y dispuesto la convivencia perfecta de los dos sexos solamente en la unidad del matrimonio, gradualmente separada en la familia y en la sociedad. Además, no hay en la naturaleza misma, que los hace diversos en el organismo, en las inclinaciones y en las aptitudes, ningún motivo para que pueda o debe haber promiscuidad y mucho menos igualdad de formación para ambos sexos. Éstos conforme a los admirables designios del Creador, están destinados a completarse recíprocamente en la familia y en la sociedad precisamente por su diversidad, la cual, por lo mismo debe mantenerse y fomentarse en la formación educativa con la necesaria distinción y correspondiente separación, proporcionada a las varias edades y circunstancias. Principios que han de ser aplicados a su tiempo y lugar según las normas de la prudencia cristiana en todas las escuelas, particularmente en el período más delicado y decisivo de la formación, cual es el de la adolescencia, y en los ejercicios gimnásticos y de deporte, con particular atención a la modestia cristiana en la juventud femenina, de la que gravemente desdice cualquier exhibición y publicidad.

Recordando las tremendas palabras del divino Maestro: *¡Ay del mundo por razón de los escándalos!*, estimulamos vivamente vuestra solicitud y vigilancia sobre estos perniciosísimos errores que con sobrada difusión se van extendiendo entre el pueblo cristiano con inmenso daño de la juventud.

(De la "*Divini illius Magistri*", de Pío XI.)